

PARADOJA EN RENFIELD STREET

Colección Caronte



Paradoja en Rendfield Street

© 2017, Editorial Hermenaute

© 2017, Lluís López Rueda

1.ª edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-944902-7-9

Depósito legal: B 7774-2017

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Marta Torres

FOTOCOMPOSICIÓN: Printcolor

Impreso en Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

www.hermenaute.com

PARADOJA EN RENFIELD STREET

LLUÍS RUEDA



A John Duffy, Marta Torres y Albert Rodríguez.
Whisky, honour and gunpowder.

Nota del autor: en este libro se dan cita personajes ficticios y personajes históricos. Por lo que respecta a los segundos, nobles, arqueólogos, teósofos, militares o inventores, me gustaría aclarar que el tablero de juego de la ficción me ha llevado a reinterpretarlos, en algunos casos, desde el cariño o la admiración y, en contadas ocasiones, desde la picaresca. He de añadir que, muy puntualmente, el relato me ha llevado a envilecer la imagen de alguno. No existe en este libro más pretensión que la de entretener al lector en un contexto fantástico que en algunos casos incide en datos y elementos verídicos. Sirva una lista de algunos de estos ilustres al final de la novela a modo de homenaje y agradecimiento.

Cada uno sueña los héroes y los ángeles a su manera, ¿no creen? Andy Telfer tiene veinticinco años, es espigado y pálido, lleva un tupé propenso al desaliño y luce un *kilt* adquirido por su padre en 1984 en Barras Market (Glasgow). Quizá se trata de un héroe escocés a la manera de Quentin Durward, o puede que el rasero de su gallardía esté en alguno de los integrantes de aquella mítica delantera de la selección del cardo de rugby en la década de 1970: Ian McLauchla, Frank Laidlaw, Sandy Carmichael, Alastair McHarg o el gran Gordon Brown. Hasta ahí nada especial, Andy es un *supporter* del Dumbarton FC que calza botas militares y lleva un pendiente de marfil. ¿Por qué el Dumbarton, un histórico venido a menos y no un equipo de la primera división de la Scottish Premier League? ¿Por la fuerza del elefante en su escudo? ¿Por la mítica de la roca? ¿Por su camiseta a rayas negras y amarillas, casi una corola vistosa que evoca el néctar? ¿O quizá porque Andy nació en esa misma población al norte del río Clyde? Ser diferente y exclusivo es elegir a la contra, ser un «hijo de la roca» implica lucir cierta mística colonial, un influjo caballeresco y aventurero. La elección de los colores propios no debe ser algo circunstancial para un joven prometedor. Por otro lado, el joven Telfer solo ha leído trece libros en su desordenada vida: *La Ciudad Vampiro* de Paul Féval, *Los hijos del capitán Grant* de Jules Verne, *La estrella misteriosa* de Hergè y los diez ejemplares de la gran novela *Teito Monogatari* (*The Tale of the Imperial Capital*) de Hiroshi Aramata. Pero, aunque pobre, ese escaso bagaje —un relato, una novela, un cómic y una criptohistoria de Japón—, le permite a Andy tener los suficientes elementos para componer su gran obra: la genialidad existe, y Andy es bello e imprevisible, elementos de los que carecen casi todos los escritores clásicos de la literatura convencional.

Glasgow (Escocia,
11 de junio de 2000)



Capítulo 1. La señorita de Conwy

Se colocó dos tapones en los oídos y se dispuso a echar la siesta de rigor: las botas desatadas, el *kilt* abierto como la funda aterciopelada de una joya en un muestrario de baratijas. A Andy le perseguía la obsesión de oír su corazón latir mientras el mundo se escabullía en un runrún imperceptible, casi el martilleo de una otitis latente. El silencio es oportuno para un joven que sueña con la nitidez del iniciado en los arcanos. Andy considera los elementos y busca con ahínco vivir una historia pareja a la del bello Owen Aherne en *La Rosa Alquímica* de William Butler Yeats, aquel caballero de ficción del que tanto oyera hablar a su padre, pero nada más lejos... Un chico que solo ha leído trece libros en su vida no puede activar una mimética espiritual a esa altura.

Andy tiene de su parte la estética y una juventud que lo convierte en maleable como la gelatina. El umbral del sueño se abre para él y sí, el silencio del tabulador [→], justo ese segundo, es suficiente para dar comienzo a esta historia de embaucadores, agentes literarios, chicas amnésicas, vampiros, magos y viajeros del tiempo.

Todo se precipitó un 11 de junio del año 2000. Glasgow seguía siendo la ciudad de los callejones sucios, las chimeneas alineadas como un capricho de Marc Chagall y el olor a mantequilla haciendo ¡toc, toc! en cada una de las puertas de las decenas de locales de manicura. Glasgow se sabe ciudad feúcha, pero endemoniadamente vital, la misma metrópoli orgullosa en la que su padre se instaló muchísimos años atrás; antes de que su corazón se silenciara. Glasgow

«querido y verde lugar», tal y como la denominó el santo Fergus, a la sazón ciudad gris, lluviosa, melancólica, de una perfecta imperfección. Bruce Telfer, fue un *glaswegian* estimado por su obra poética y odiado por todo lo demás; huraño, radical, tormentoso, bocazas, son algunos de los calificativos que lo persiguieron en vida. Harto pues de su condición diletante, harto de vivir, el poeta decidió una noche de un dieciséis de abril amputarse el alma. Se introdujo unos tapones de silicona en los oídos y, mientras una prostituta le cincelaba el bastón de nogal, se voló la tapa de los sesos. Fue aquella una manera de despedirse mundana e irónica. Quien opina que los genios se enfrentan a la muerte con el alma desnuda y la humildad aprendida miente... Bruce Telfer se llevó su arrogancia, excentricidad y mala uva a la tumba para dejar su poesía a modo de postrera letanía. Era un hijo de perra, un borracho y un poeta excelso.

Desconocemos si Andy ha heredado una pizca de su rabiosa impostura, como poco es producto de una época que añora a poetas obreros como Ian Curtis, malos poetas que nos seducen por su delgadez y su expresión impertinente. Vive un tiempo en que se aborrece la literatura de ficción. Pero eso no es concluyente, la enfermedad de un siglo se mide por la manera de vestir de la gente, no por su literatura, su música o sus hábitos. Cabe decir que en ese sentido esta es una década agonizante, un suplicio para los estetas.

Esa tarde, Andy soñó que se hallaba en Tokio, la ciudad ignota de la que tanto oyó hablar a su padre. Se encontraba bajo un puente de ferrocarril del distrito de Ginza, rodeado de sombras que cruzaban en múltiples direcciones; avatares de sonrisas femeninas, manos erigidas, moños huidizos, neones estrellados contra grasientos carteles, caballeros pulcros de zapatos embarrados; estaba situado en el centro de la ciudad con un paraguas cerrado, bajo la lluvia cálida. Y con el despertar de esa caprichosa ensoñación nipona, da comienzo el inicio, el arranque de este relato que guía los pasos de Andy como alquimista de la literatura flaca, como albañil de la palabra y arquitecto del sueño.

«Andy Telfer, necesito tu literatura...». Andy abrió el paraguas y miró alrededor, ¿quién podía susurrarle tal cosa en una ciudad como Tokio? La lluvia en Japón abrasa, quema tanto porque en los sueños colectivos está presente su circunstancia posatómica. Inopinadamente, esa lluvia se convirtió en un terrible goteo de llamas que hizo del paraguas un estúpido y esperpéntico juego de varillas, lo intentó introducir por la ranura del alcantarillado y, sencillamente, acabó por convertirse en una graciosa araña, dichosa de ser engullida por el humeante enrejado. Pero él se sabía inmune a aquella representación apocalíptica de la vanidad hecha hoguera y se dispuso a entrar en uno de aquellos diminutos restaurantes tan populares bajo el puente del ferrocarril. Atravesó el pequeño umbral de madera y se deshizo de sus botas. Acto seguido, un tipo con una dentadura descomunal y una extraña protuberancia en el mentón le invitó a instalarse ante una mesita de té. Llevaba el torso desnudo y dejaba a la vista innumerables ampollas y quemaduras quién sabe si causadas por el aceite de las fritangas o por las inclemencias de las precipitaciones flamígeras. Al instante, y bajo la mirada traviesa del domador de aceites, apareció una grácil anciana ataviada con kimono gris y un endemoniado recogido, espiral y brumoso.

—Ohayou Gozaimasu —se apresuró a decir Andy.

La anciana lo miró con cierta condescendencia y contestó en perfecto inglés.

—Andy Telfer, necesito tu literatura...

De pronto, la mejilla del joven Telfer empezó a arder y un dolor indescriptible le recorrió el rostro, se escuchó un inquietante ¡zas! en la lejanía, y algo le sacudió de arriba abajo, el temblor del mundo real desmaterializaba aquella especie de armario reconvertido en restaurante; los rizos de la tempura se multiplicaron transformándose en una espuma atroz y grasienta que empequeñeció el establecimiento hasta convertirlo en una suerte de crisálida inflamada. Por doquier que hubiese un centímetro de tatami, madera o plafón de formica, aquella argamasa se expandía como un capricho churrigueresco. A

la par, Andy, vio como la anciana se esfumaba con su kimono ceremonial y se dio paso a un vacío oscuro que le aprehendía el pecho con saña. Andy abrió los ojos en un sobresalto violento y peligroso. La escena resultó de lo más desagradable y su descenso al mundo real tan convulso como inapropiado para su corazón. Estaba en su apartamento de Renfield Street, junto a él dormía una joven con traje victoriano y un tipo de mediana edad fumaba un cigarrillo cubano mientras miraba su reloj de cuerda.

—¡Andy Telfer! —dijo el tipo tras un ramillete de volutas de humo—, llevo más de una hora plantado delante de tus genitales y aún no me siento lo suficiente inspirado como para explicarte la situación. Intentaré ir despacio. Sí, estás despierto. Soy un hombre elegante que tiene las llaves de tu apartamento y esta chica es parte del problema.

Andy, presa del pánico, se aferró a su *kilt* y dibujó un salto desde la cama que apenas pudo ejecutar con dignidad. Al poner pie en el suelo, trastabilló hasta golpearse la cabeza con una cómoda panzuda. Profirió un alarido horrisono. Un reguero de sangre apareció en su rostro. Acababa de joderse, bien jodido.

—Cerciórate, Andy Telfer, estás despierto... A salvo, en tu apartamento. No debes temerme, no soy un fantasma convencional. No, ¡Dios mío, claro que no! Mi nombre es Edgar Grainger y soy agente literario. Por cierto, hablas muchísimo en sueños —observó con cierta introspección.

—Permíteme ayudarte. —El caballero le tendió la mano a Andy y este tardó unos prudentes treinta segundos en encajarla para acto seguido incorporarse.

—Tienes mal aspecto joven, ¿resaca? ¡Dios! El vodka y esos licores extranjeros están acabando con la juventud escocesa, es muy mala cosa, muy mala... ¿Por dónde íbamos?

—¿Qué demonios...? —masculló Andy ladeado en una torsión excesiva y algo teatral.

—Seguramente los más traviosos y excepcionales. Tómate tu tiempo, respira hondo. Lo más adecuado será que pasemos al salón contiguo y dejemos descansar a la dama. Ya has hecho suficiente alboroto, joven. Vamos, no temas, solo voy armado con una caja de puros y un reloj de cuerda.

—Pero ¿quién rayos es usted? ¿Y esa chica? ¿Quién les ha dado permiso?

Mr Grainger se mostró técnicamente afable colocando una mano sobre el hombro desnudo de Andy y le facilitó su propio pañuelo blanco para cubrirse la herida. El agente literario vestía una chaqueta Harris Tweed, chaleco color marrón y camisa de seda huérfana del último botón para facilitar, con milimétrica precisión, el detalle de un pañuelo color mostaza al cuello. Era un hombre de porte elegante proclive al exceso en la gestualidad, con dotes de comercial, de verbo ágil y buena presencia. Parecía candoroso a corta distancia e irascible cuando se sentía analizado, de ahí que, bajo presión, siempre buscara una posición reclinada sobre su propio eje, ocupar sus manos de largos dedos y tomar asiento reiteradas veces en sitios inadecuados. Su rostro bronceado estaba segmentado por un bigotillo que le procuraba la expresividad que sus delgados labios le negaban, llevaba el pelo engominado y algo no acababa de funcionar del todo bien en su mirada. Edgar Grainger era definitivamente un esforzado aprendiz de caballero que ocultaba a un truhán entrañable. Se tomó un tiempo para analizar la situación, desentumeció sus dedos prensando las manos y abrió los brazos en cruz dispuesto a continuar la conversación.

—Es un hecho... una situación extraña y, en cierto modo, desagradable. Pero no debes temer por mis intenciones, joven. Soy un viejo amigo de tu padre: Bruce Telfer. Por tu gesto deduzco que no te apetece mucho escuchar su nombre. Claro, qué impertinente por mi parte. Mis disculpas, pero es absolutamente necesario —zanjó.

—Continúe...

—Guardaba desde hacía una década una llave de este apartamento. ¿Sabes, Andy? Yo residí aquí, en mi época de estudiante. Compartí muchas copas y furcias con Bruce, un hombre brillante, todo inventiva, un genio... De nuevo mis disculpas.

—No importa, prosiga con su explicación —dijo Andy, al borde de la desesperación.

Grainger asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. Parecía que la testa del agente literario padecía una angina a la hora de gestionar sus impulsos sintácticos, era angustioso verle razonar. Andy podía deducir que su capacidad de síntesis era inexistente y su pose, entre extravagante y sobreexcitada.

—Quizá me recuerdes, lejanamente —prosiguió Grainger con renovada elocuencia—. Fui su representante a finales de los años ochenta... Sí, mi fisonomía te resulta familiar porque en esa cabecita privilegiada debe de haber archivada alguna vieja fotografía en la que aparezco, ¿me equivoco, joven? Pero vayamos por partes. El tema de la dama... Es cierto, de ahí tu mirada de pánico.

—No es pánico caballero, es incertidumbre —interrumpió Andy.

—Debemos tratarlo con delicadeza y sentido común —expresó en un tono susurrante y misteriosamente gutural—. Déjame ver esa herida.

—Está bien. Es insignificante, de veras.

—Pero podría infectarse —dijo Grainger tocando en un repique-teo la sien del joven con su dedo índice a modo de termómetro.

Andy dibujó una inflexión defensiva con su torso y acto seguido asestó una mirada de reprobación hacia el agente literario, tomó asiento y encorsetó su cabeza entre los brazos. La jaqueca era de órdago.

—Bien, me serviré una copa —dijo Grainger con cierta indiferencia—. Supongo que el mueble bar debe estar todavía... —Caminó unos pasos y abrió la puerta de un vetusto mueble colonial—. Eso es. Un Laphroaig quince años, al fin y al cabo el viejo Bruce tenía buen gusto.

El agente literario echó un vistazo a la decoración de aquel salón y pronto determinó que nada había cambiado desde entonces, fijó su mirada en un estante repleto de trofeos literarios cubiertos de polvo y telarañas y se persignó antes de encajar el vaso bajo su bigote milimétrico. Reparó en una vieja cortina de muselina de Irak que, aunque sucia, aún le daba un toque de distinción al salón. Un papel satinado, ya de un color indeterminado, decoraba aquella estancia de techo victoriano rematado por una lámpara de latón, la moqueta verde había desaparecido, reemplazada por un suelo de madera desvencijado, irregular y con manchas de pintura. Dedujo que el joven Telfer era aficionado al óleo o había compartido apartamento con algún artista. Pero, a pesar de esos detalles relacionados con la causalidad del deterioro, podía adivinar la presencia de Bruce Telfer en cada rincón de aquella estancia. Se acarició el pecho y profirió un suspiro exagerado que le acompañó hasta el diván donde, años atrás, el excelso rapsoda desnudo proclamara (y declamara) la muerte del arte sacrificando a una gallina mesmerizada con un destornillador. Todavía podía recordar la cara de pánico del poeta neoyorquino John Ashbery ante aquella escena.

—Efluvios de las hébridas exteriores, un gran Islay... —dijo con tono evocador Grainger, mientras degustaba el último sorbo de whisky de su vaso.

—¿Quiere ir al grano y contarme qué está pasando, caballero? —inquirió Andy, furioso.

—Bien, allá vamos. —Grainger colocó un legajo de papeles sobre el tapete de la mesa mientras buscaba el tapón de la botella de whisky con su mano izquierda—. Aquí tienes un original escrito a máquina e inacabado. Como puedes comprobar por el aspecto amarillento de sus hojas, es muy antiguo, quizá tenga un siglo. Debes saber algo al respecto, se trata del principio de una novela... Bien, intenta imitar un estilo decimonónico y algo naturalista, pero su tono resulta excesivo, forzado...

—¿Y eso qué tiene de malo, Grainger?

—¿Sabes lo peor de la literatura británica, Andy? Que nadie describe el ruido que hacen los aristócratas al tomar el té cuando se deciden asuntos importantes, esos son los detalles excepcionales. Digamos que el estilo resulta un tanto mediocre, vencido.

—¿Por qué quiere que lo lea si resulta tan mediocre y vencido? Es usted un tipo muy contradictorio... y si me permite...

—Me gusta, Andy. Yo no he dicho que debas leerlo, pero he alimentado tu curiosidad. Adelante, prosigue...

—Inquietante... ¡y un tuerto! —sentenció el joven en un ataque de sinceridad.

El agente literario mesó su nevada sien e introdujo tímidamente el dedo bajo el parche de corsario que cubría su inexistente ojo izquierdo. Aclaró su garganta y se sirvió un segundo trago. Al finiquitarlo deslizó el vaso sobre la mesa con un desdén estudiado.

—Es cierto, Andy, perdí mi ojo cuando era un joven. Me ganaba la vida en un ballenero en el Atlántico Norte —aclaró—. ¿Qué tienes contra los tuertos? Tuve un accidente en alta mar cuando apenas contaba dieciocho años. No todos tuvimos una adolescencia tan fácil, Andy. ¿Acaso sabes lo que es hacer turnos de dieciocho horas a veintitantos grados bajo cero? Y, por último, joven Telfer... ¿no crees que es inadecuado señalar de ese modo tan tosco una secuela física?

Andy puso en pie suavemente el vaso que había llegado hasta sus manos. El joven, cabizbajo, intentó contrarrestar el conato de ira del agente.

—Vaya, disculpe, yo... Disculpe de nuevo, no había reparado, incomprensiblemente... —Andy se mesó la barbilla, confuso, y se sirvió un trago en la copa que arrojara Grainger. Se sintió un tanto avergonzado y creyó oportuno dar cancha a las tribulaciones de aquel personaje tan pintoresco. Finalmente, el joven se mostró dispuesto a gestionar aquella extraña situación por la vía más diplomática.

—No le interrumpiré más, Mr Grainger —dijo Andy—, adelante... Pero acabemos con esto de una vez. Se lo ruego.

—Escucha atentamente —el agente mostró de pronto una jovialidad inédita—, en este legajo, pulcramente impreso, hay una fecha y un nombre escritos a pluma en el margen inferior de la primera página. El texto, que parece el original de un folleto para prensa o quizá para una editorial, llegó a mi despacho hace un mes. Puedes comprobarlo en el matasellos del sobre. La fecha escrita a mano en la primera página es exactamente la de hoy, 11 de junio de 2000 y el nombre que la acompaña es Andy Telfer. Me lo remitió el ministro de la iglesia de Govan Old Parish, por lo visto lo encontraron en el interior de un sepulcro. Debieron relacionar el apellido Telfer con tu padre, de modo que contactaron con su agente literario. Hasta ahí todo puede parecer una coincidencia extraña... y así sería si la protagonista de este relato anónimo de un capítulo de extensión no fuese la dama que descansa en estos instantes en el dormitorio. Su nombre es Sarah Aveling y podría venir del pasado, no literalmente, quizá de otro lugar. Por algún motivo este relato inconcluso, cuyos elementos de ficción podrían quedar en entredicho, ha generado una especie de fisura espacio-temporal. No me mires con esa sonrisilla sarcástica, Andy ¡No podemos descartar ninguna posibilidad! —vociferó.

—Bien, ¿esa es la novela que tiene en mente para mí, Mr Grainger? Pues no me parece demasiado brillante el planteamiento. Quizá el hijo de Bruce Telfer tiene otras ideas en mente. Puede que no desee ser escritor, e incluso no tenga el talento suficiente, sin embargo es lo bastante perspicaz para entender que esa dama aún no ha pronunciado su nombre. Podría ser cualquier chica de la calle aficionada a los disfraces de época, una actriz, nuevas tendencias, ¿quién sabe?

Grainger se incorporó airado. Desabotonó el chaleco que le constreñía en exceso bajo el *tweed* y sacó un documento de su bolsillo interior. Lo lanzó ante las narices del joven en un gesto de desaire francamente siniestro. Era una evidencia de que a aquel tipo nervioso

le gustaba lanzar pruebas, conjeturas, desaires o recipientes desde la distancia, quizá debido a su pasado como arponero, pensó Andy.

—Eres sagaz, pero no tanto —resolvió Grainger—. Échale un vistazo a esto, no tenemos prisa.

Telfer miró el documento detenidamente, se trataba de un pasaporte británico datado en 1895. Parecía auténtico.

—Estaba entre los enseres de la dama, ¿de veras piensas que tus genitales me hipnotizaron durante una hora? Dios, tan hedonista como el viejo Telfer... ¡Mira el matasellos real! Observa detenidamente —dijo en un hilo de voz para después recuperar el brío—. ¡Presta atención! En la época de regencia de la Reina Victoria, el blasón del Reino Unido estaba representado por las armas de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Un blasón como este. —Señaló Grainger con su dedo picudo—. Los matasellos modernos que se utilizan desde el reinado de Isabel II representan únicamente la corona real. Atiende a otro dato, mira la fecha de nacimiento, el nombre... ¿No crees, Andy, que después de cien años este documento debería estar dañado, amarillento quizá? En aquella época los pasaportes eran escasos, propios de militares, empresarios o familias adineradas que habían cruzado las fronteras internacionales. Puede que Sarah Aveling perteneciese a una familia adinerada, o fuese doncella en una casa notable.

—Sarah Aveling Connors... Fecha de nacimiento: 1886, Conwy. País de Gales. Si esto es una broma, Mr Grainger, se ha tomado usted mucho tiempo en prepararla y, desde luego, no tiene la menor gracia —apostilló Andy mirando hasta el último detalle del documento.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo podría? Quiero que leas ese capítulo, Andy. Te lo ruego. Durante días pensé en esta fecha y en qué relación tenía tu nombre con el relato y, francamente, la curiosidad me hizo desplazarme hasta aquí. Llamé al timbre en reiteradas ocasiones antes de hacer uso de la llave, no creas que voy asaltando moradas sin una razón de peso. Finalmente decidí entrar a echar un vistazo. De pronto vi a Sarah Aveling, ese rostro, tal como lo había imagina-

do durante la lectura... y, ¡demonios! ¡Esto no es una broma, Andy! Tengo cuarenta y dos años y una reputación. Algo extraordinario está pasando aquí y ahora, y tú tienes en todo ello un papel relevante. Concédeme el beneficio de la duda —suplicó tomando de la muñeca al joven Telfer—. ¡Lee ese maldito capítulo antes de que esa muchacha galesa despierte y averigüemos de quién se trata realmente! ¡Me importa bien poco lo que desees hacer con tu vida, Andy! No he venido hasta aquí en busca de un escritor con apellido ilustre, tengo una buena lista contractual con impostores que dan razonablemente bien de comer en este mundillo... Ya sabes, novela romántica, paisajes exóticos, tipos aguerridos... Mierda de la buena para cincuentonas.

—Mr Grainger, siento interrumpirle pero creo que deberíamos despertar a esa chica —replicó Andy con tozudez.

—Eso, me temo, podría resultar traumático para ella, joven Telfer. Echa un vistazo a ese capítulo y démosle el tiempo suficiente.

—Bien. Parece usted resuelto a inculcarme literatura mediocre y vencida.

—Adelante, Andy, sé buen chico... Aguardaré en la biblioteca. Tómate tu tiempo.

El agente literario encendió otro de sus habanos con una lentitud ceremonial, casi enigmática, el tabaco parecía lo único capaz de hacerle refinar sus movimientos. Andy le observaba por encima del ramillete de folios mientras sostenía el pañuelo blanco que le había dado aquel tipo sobre la herida de su cabeza. Reparó en sus iniciales bordadas en azul: E. G. Le resultaron sorprendentemente familiares. Poco a poco iba rescatando de su infancia a aquel agente literario del parche en el ojo y el bigotillo ralo. Se trataba de un recuerdo volátil que le sobrevino a la estela de los acontecimientos. Por otro lado, la situación resultaba tan rocambolesca que, para Andy, comenzaba a arrojar ciertos matices de verosimilitud.

Entre tanto, Grainger caminó hacia una puerta contigua envuelto en un hongo de humo que amplificaba su aire de místico charlatán.

Atravesó el umbral con la dignidad del que se aventura en un palacio de la sabiduría y se sabe prestidigitador de sintagmas, cánticos y hechizos. Una vez al otro lado, y a su pesar, profirió un grito tan ahogado que pareció proceder de un abismo. Algo debió perturbarle de un modo violento. Acto seguido articuló una tos chirriante y huidiza. Parecía en plena agonía sin motivo aparente.

—¡Olvidé decírselo, Mr Grainger! —alertó Andy desde el salón—, ya casi no existe la biblioteca de Bruce Telfer. Corren tiempos difíciles.

—Y oscuros —contestó el agente desde el umbral de la puerta aflojándose el nudo de su pañuelo y acompasando la respiración.

—Veamos cómo comienza. *11 de junio de 2000. Andy Telfer. Glasgow (Reino Unido)*. Hummm. ¡Guarde silencio, Grainger, estoy leyendo su dichoso capítulo!

—Desde luego, joven, solo intentaba hacer balance de las obras perdidas. Una estimación del desastre... ¡Oh! ¡Pero qué demonios!... Veo que conservas la Fender Stratocaster que el bueno de Jimmy Page firmó a tu padre

—¿Conoce usted a Page? —preguntó Andy abriendo los ojos como platos.

—Desde luego —respondió Grainger a sus espaldas mientras trataba de alcanzar un libro huérfano de una estantería—. Puedes creerlo, estuvo en esta casa en más de una ocasión. Adoraba a tu padre, que por otro lado solía reunirse con él a menudo en la librería The Equinox Booksellers and Publishers, en Londres.

—El gran Zoso.

—Pero ¡qué rayos! ¿Dónde están los trajes, las máscaras y los guantes? ¿Y la colección de sables de tu padre? Estaba justo aquí. ¿Acaso has abandonado la esgrima? ¡Andy! Cuando esto termine tú y yo mantendremos una conversación de adultos... Si es que por asomo sabes el verdadero significado de ese término.

—Desde luego, Mr Grainger.

Capítulo 1. El puente de la mansión Overtoun

La rutina de Lady Overtoun era arbitraria, sus hábitos cambiantes. Caminó por West Nile Street hasta Buchanan para introducirse bajo la cúpula de vidrio de Argyll Arcade. En el interior de la suntuosa galería comercial, unos pasos por detrás, la secundaba la joven doncella Sarah Aveling con un border collie entre sus brazos.

—Podría ser ella, nuestra bella durmiente... —Andy notó un cosquilleo en el pecho y sonrió con la picaresca propia de un Telfer, un punto de maldad indefinida le sobrevino. Al fin y al cabo, aquellos acontecimientos comenzaban a parecerle un juego divertido.

Lady Overtoun, no por casualidad, acabó por situarse ante uno de aquellos escaparates enmarcados de un exquisito blanco nacarado, como si su espigada figura fuese un objeto propio de la tienda de antigüedades. Se trataba de una mujer de hermosura añil e intermitente, llevaba el cabello recogido, botines de fieltro y un traje sastre de gruesa lana. Era propensa a revelar sus pensamientos en voz alta y atosigar a su compañía con banales comentarios. Para la ocasión, interpeló a la joven acerca del tráfico en Glasgow, una queja recurrente, casi retórica, y se volvió hacia el aparador como si sus pensamientos hubieran quedado atrapados en uno de los objetos expuestos. Sarah Aveling acunó al perro en su regazo mientras, a escondidas, imitaba con singular gesto de mofa la queja intrascendente de la dama.

De pronto, algo llamó la atención de Lady Overtoun, un recargado arbusto de porcelana rematado en un jilguero luminoso pareció hipnotizarla, le cosquilleó el concepto, pero acaso resultaba excesivo. Sarah Aveling se lo hizo saber con una mueca de

desinterés un tanto osada que pareció respaldar el border collie a través de un quejido profundo y un tanto melancólico. Sin atender a razones, la obcecada dama, decidió entrar en la tienda de antigüedades con la tosca determinación de un asiduo bebedor del Farmer's Vaults. La dependienta la observó por encima de sus lentes sin dejar de agitar su pluma estilográfica sobre algo parecido a un crucigrama, se temió lo peor. Permitiría que la clienta le hiciese el trabajo, no movería una pestaña sin un «buenos días» que hiciese honor al hermoso jilguero que, como perspicazmente observó, animó a la dama y a su bella acompañante a atravesar la puerta.

En el interior del comercio, llamó la atención de Lady Over-toun un delicioso plexo art déco que relegó a un segundo plano el arbusto y el jilguero; su gusto, en ocasiones, era algo más minimalista; el acero le parecía moderno, limpio, incluso cuando condensaba partículas de polvo. Lo señaló con decisión y esgrimió un suspiro con la intención de importunar lo suficiente a la dependienta como para que aquel crucigrama dejase de parecer una reja entre ambas, pero algo fugaz llamó de nuevo su atención. La veleidosa clienta se acuclilló y apartó la peana de mármol travertino que ocultaba un ángel tallado en madera.

— ¿Cuánto piden por el querubín?

— Un precio razonable, desde luego...

— ¿Efectúan reparto a domicilio?

— Así es...

— Veamos, ménsula de madera y pan de oro. Humm, diría...

— Barroco tardío, una pieza castellana, Mrs.

— Me interesa, se ven pocos como este. Quisiera que lo enviaran a esta dirección en Dumbarton — se alejó de la figurita barroca y dejó una nota en el mostrador a la vez que Sarah intentaba acallar los ladridos del border collie, a aquellas alturas colérico entre sus brazos.

— Desde luego, Mrs...

—White, Grace Eliza White.

La expresión de la dependienta al escuchar el apellido de la dama se hizo más solemne, dispuso un breve reclinamiento, circense y reverencial, y mostró interés por acompañarlas hacia la puerta. Lady Overtoun miró hacia el techo, displicente, y regaló un buenos días tajante a modo de despedida.

—Bien. No creo que el tipo escriba de un modo tan mediocre, aguardaré hasta la hora del té. Prosigamos.

Las comidas de Grace Eliza White eran frugales y solía tomar algo de dulce con el té, siempre con leche. Le gustaba regresar a Dumbarton a media tarde y buscar un rincón acogedor para leer la prensa y mirar como el sol se escondía detrás de los edificios a través de sus lentes. Tenía por costumbre, los domingos de cada quince días, desplazarse al centro de Glasgow, muy temprano, para realizar compras y tomar contacto con la gran urbe: le interesan los cambios, la moda, el arte, el pensamiento...

Era mucho más diurna de lo que deseaba, y siempre disfrutaba caminando lentamente por High Street; allí, desde alguna cafetería, apuraba el sol, se cubría los hombros con un fular y buscaba un rincón tranquilo en el que la puesta quedase atrapada en un segmento de cristal de alguna ventana. No existía para ella instante más vibrante y auténtico que el que ofrecía el capricho fugaz de la naturaleza sobre un elemento transformado por la mano del hombre. El capricho rojo, crispado, sobre las aguas del vidrio le hacía evocar rostros que aún no había conocido.

Con el deseo de una tarde tranquila en Dumbarton y los quehaceres finiquitados, Lady Overtoun cogió en sus manos el border collie y se apresuró, junto a la joven Sarah, a dejar atrás la galería y desandar Buchanan Street hasta alcanzar el vehículo donde Mr Fry les aguardaba.

Al cabo de cinco minutos, el automóvil se abrió camino por Wellington Street, dejando atrás algunas calesas y esquivando a un buen número de temerarios vendedores ambulantes que invadían el carril. Sarah Aveling se deleitaba con el trajín intermitente de la ciudad y soñaba que algún día ocuparía un lugar en alguna de aquellas oficinas de Baltic Chambers por las que desfilaban prohombres y damas emprendedoras. Mr Fry aceleró al girar a la derecha por Waterloo Street y las damas se sacudieron con violencia contra el tapiz acolchado del interior del vehículo.

Al instante, Lady Overtoun le recriminó la brusca maniobra desde la ventanilla y recogió las manos de Sarah contra sus rodillas en un gesto protector.

— ¿Qué sabemos de ese caballero, McIndoe?

— He oído que puede domesticar a los fantasmas... — contestó Sarah desmenuzando la frase hasta hacerla desaparecer en un seseo.

— El arquitecto Charles Rennie Mackintosh vio su espectáculo en Londres hace un año y asegura que se trata de un juego de ilusionismo y perspectiva. Ten en cuenta, querida Sarah, que pocos conocen la perspectiva como él.

— Cierto, Lady Overtoun, ni los enigmas de las sombras y las luces — añadió con cierta melancolía —. Se trata de un hombre tan perspicaz...

— Y tan casado, querida Sarah. No se deje atrapar por deseos inadecuados y veleidades de la edad. Debería saber que los artistas como el caballero Mackintosh acaban haciendo infelices a las mujeres con las que comparten el corazón. Vuelcan tanto amor en sus obras que todo lo demás les resulta estéril.

— ¿Cómo puede estar tan segura de eso, Lady Overtoun? — la expresión de Sarah se tornó cenicienta y sus manos se aferraron a un ejemplar de Coleridge mientras añadía —, su esposa, Mrs Macdonald, parece dichosa.

—Ella también es artista, Sarah, y acaso más atormentada que el propio caballero Mackintosh. ¡Vamos, Mr Fry tome esa recta con mayor premura! —gritó encolerizada por la ventanilla— ¡Por el amor de Dios! Cabe decirlo, no tiene usted la destreza de Camille Jenatzy¹, pero... ¿Qué diantres? ¿Tengo que subir yo misma a ese pescante y coger el volante?

Sarah dejó el libro en su regazo y tomó el cachorro de border collie entre sus brazos para sentir su calor.

—Qué dulzura de criatura...

Era un marzo especialmente frío. La niebla se condensaba en la orilla norte del Clyde postergando su dispersión por el valle. Una bandada de ánades reales en la lejanía parecía resguardarse tras un promontorio, el frío, cada vez más inclemente, hacía presagiar una tarde de nevadas. Con las Kilpatrick Hills casi temerosas de la ventisca a escasas yardas del vehículo, Mr Fry creyó oportuno comunicar a Lady Overtoun que el día invitaba al recogimiento y a un pronto regreso a la mansión. Finalmente decidieron trasladar el paseo a los jardines de la finca.

Minutos más tarde, el automóvil tomaba el camino de tierra que llevaba a la mansión Overtoun, el motor gimió como una grulla y Mr Fry aumentó la velocidad. No era fácil avanzar contra el viento gélido que parecía soplar con más insolencia desde la colina donde se avistaba la mansión. Sarah cogió con fuerza al border collie, temerosa, antes de que Mrs Overtoun improvisara una plegaria.

—Avance, Mr Fry, ¡alcancemos ese puente de una vez! —ordenó Lady Overtoun desde su asiento sin perder de vista al menudo can.

1 Camille Jenatzy (1868, Schaerbeek - 1913, Habay la Neuve) fue un piloto de carreras belga. Conocido por batir el récord de velocidad tres veces y ser el primer hombre en romper la barrera de los 100 km/h. Fue apodado «Le Diable Rouge» ('El Diablo Rojo') por el color de su barba.

De pronto, el infortunio se puso del lado de las damas y el motor del Panhard se colapsó. El vehículo trastabilló hasta desmayarse contra el muro de piedra del puente apostando en él su lomo izquierdo como si se tratase de un caballo moribundo. Mr Fry, resuelto, saltó del pescante y se situó ante el capó, intentó abrirlo, pero este no cedió. Las juntas estaban completamente cubiertas por el hielo. En el interior del vehículo, Lady Overtoun gesticulaba con cierta desesperación. Mr Fry, se abrochó el abrigo hasta el bigote y colocó las manos en jarras.

—El trayecto acaba aquí, necesitaré anticongelante para sacar el coche del puente. Les ruego cojan sus enseres, —dijo abriendo la puerta—. Las acompañaré hasta la mansión.

—No podemos salir con el perro, Mr Fry —objetó Lady Overtoun— Imagínese si vuelve a suceder...

—No lo soltaré, lo tengo bien agarrado. No tema, Lady Overtoun —intentó tranquilizarla Sarah.

Lady Overtoun vio la torre picuda de la mansión y se encomendó a los ángeles. Lo que hacía unos instantes era una lluvia mansa, de súbito se tornó en un granizo hiriente que hizo recular a Mr Fry. Aquella situación caótica desquició a Sarah. La joven intentó colocar al border collie en un cesto de mimbre y salir del coche aferrándose a un paraguas. Lady Overtoun la agarró del brazo con el rostro enfurecido y le ordenó que tomara asiento de nuevo. Inoperante a su pesar, Mr Fry pidió permiso para refugiarse hasta que la tormenta cesara, pero Lady Overtoun le negó la entrada al vehículo y le envió hasta la mansión para avisar a Lord Overtoun. Entretanto, el nervioso perro ladraba en su cesta como si una suerte de rabia le hubiera emponzoñado el carácter, giraba sobre la propia cola, mordisqueaba con desesperación los cantos de mimbre. La palabra auxilio se instaló en aquella pequeña cabina, un fanal a punto de resquebrajarse ante la cólera de los elementos.

Como el granizo aumentó de tamaño considerablemente, la cubierta del Panhard comenzó a abollarse y el pánico les sobrevino. Sarah observó desfavorada como Mr Fry luchaba para cruzar el puente; sus pies resbalaban entre los surcos de hielo y barro, y el granizo le golpeaba sin misericordia. Hizo ademán de regresar al coche pero, finalmente, resolvió alcanzar una vieja encina más allá del puente para refugiarse. Parecía agotado, vencido, temblaqueaba como un alfeñique y tal era su angustia que un gemido desconocido surgió de su pecho haciendo estremecer a las damas.

—Aquí el autor se ha dejado llevar por el dramatismo o no ha estado nunca en Overtoun House... entre el puente y la casa hay poco más de veinte metros, si no recuerdo mal.

Sarah, cada vez más aterrorizada, se echó en brazos de Lady Overtoun. Eliza intentó guardar la calma encomendándose de nuevo a sus ángeles y, a la vez, se esforzó por mostrar una actitud férrea y cabal ante el desagradable contratiempo. Habían perdido a Mr Fry de vista y eso les inquietó. Sarah determinó que la tormenta estaba empeorando. Pasaron aproximadamente cinco minutos sin que Mr Fry diese señales de vida, cinco largos minutos en que Lady Overtoun rezó nueve salmos con una velocidad que a Sarah le pareció incrementar la fuerza del granizo. De pronto, un pedazo de hielo descomunal impactó contra la ventana trasera del Pahard y el vidrio cayó hecho trizas sobre los hombros de la joven. Sarah gritó de pánico al comprobar que una ventisca endemoniada golpeaba su nuca con violencia, en consecuencia su cabello negro se desató. Lady Overtoun, oportuna, la apartó con decisión de la ventanilla y buscó en vano algún elemento para sellar aquel auténtico abismo de hielo.

Al instante, se oyó una voz recorriendo el páramo, en la lejanía, y el relincho de lo que parecía un caballo. Lady Overtoun,

resuelta, y en cierto modo desesperada, abrió la puerta del vehículo e hizo equilibrios para sacar la cabeza.

— ¡Veo dos caballeros en una calesa! — gritó entre el resuello de la tormenta.

Pero en ese instante de esperanza fue cuando ocurrió la fatalidad. El border collie escapó de la cesta de mimbre en un descuido y tomó tierra. Lady Overtoun intentó retener a la doncella pero esta se apresuró bajo la tormenta tras el perro; en un abrir y cerrar de ojos, el can, tras correr en zigzag de manera inconexa, se aproximó hacia el muro de piedra y en un salto respingón se lanzó a un vacío de más de quince metros. Un silencio torturado pareció acallar la inclemencia del tiempo y Sarah se postró trastabillándose hasta derrumbarse junto al muro de piedra. Lady Overtoun hizo acopio de entereza e intentó correr en su ayuda pero un caballero la atrapó y la retuvo con toda la cortesía de la que fue capaz dadas las circunstancias. Otro caballero, de figura más espigada y frente despejada, tomó a la maltrecha Sarah Aveling y la llevó hasta la calesa sin reparar en atenciones.

— Mil gracias, caballeros! ¡Gracias por auxiliarnos! — acertó a decir Lady Overtoun conteniendo las lágrimas — ¿Quiénes son ustedes? ¿A quién debo el honor?

El caballero más maduro, de porte orondo pero semblante respetable, ofreció el brazo cortésmente e improvisó una reverencia algo ditirámbica aguantando con estoicismo el alud de nieve que sostenía su sombrero de copa.

— El Dr. William Westcott, a su servicio. El caballero que ha asistido a la dama es Mr Ignatius McIndoe. Nos acercábamos a la mansión Overtoun para presentar nuestros respetos cuando nos cayó encima la tormenta.

Para Sarah Aveling, la noche se desplomaba entre los dedos y una finísima telilla de hielo, adherida a sus labios, alivió el calor de su respiración. El caballero McIndoe tomó su abrigo de piel

y arropó los hombros de la joven. Las llanuras de Dumbarton, por un instante parecieron marchitarse de manera irremediable, pero al cabo de un suspiro el corbatín de nubes liláceas que desató la tormenta se aflojó, y una luz rosácea tomó las mejillas de Sarah para instalarse allí indefinidamente. Lady Overtoun intuía que aquella tormenta no era casual, no en aquel lugar de fe, la mansión Overtoun, para la dama aquella grisácea jauría de hielo era el prelude de los tiempos oscuros que aún estaban por llegar.

Había pasado una semana desde el funesto episodio de la tormenta en el puente de la mansión Overtoun y Sarah Aveling se reponía paseando en compañía de Mr McIndoe por los alrededores, a escasos metros de la suntuosa casa construida por el arquitecto James Smith en 1803. La temperatura era relativamente agradable para aquellas horas de la mañana y Sarah había recuperado su aliento bajo el cortejo amable y la sonrisa pícara que mostraba el caballero McIndoe. La estampa de ambos resultaba especialmente atractiva observada desde una de las ventanas del salón de los ángeles donde el Dr. Willian Westcott departía con Lord Overtoun. Ante el desamparo que le producía la conversación de los dos caballeros, Lady Overtoun lanzó un gratuito suspiro llamando la atención de Westcott e hizo un gesto cómplice hacia la pareja que paseaba del brazo en el jardín.

—Londres, Liverpool, Newcastle, Edimburgo, allá donde se ha puesto de manifiesto la destreza escénica de McIndoe se ha colocado el cartel de no hay entradas —expresó el Dr. Westcott de espaldas a la ventana mirando fijamente a su interlocutor.

—Como inversor me alegra saberlo, y las críticas del espectáculo en París no dejan lugar a dudas... «Algo que supera a la magia, la ciencia del futuro», muy ilustrativo —dijo Lord Overtoun con cierta condescendencia mientras mientras sesgaba la cola de un habano con una guillotina.

Westcott bajó la mirada y dio un sorbo a su taza de té. Le costaba penetrar en la mente del barón y los frescos de ángeles repartidos por la bóveda del salón suponían una distracción excesivamente etérea. El Dr. Westcott se sabía distinguido y un capaz relaciones públicas, pero algunas de las situaciones a las que el destino le había llevado le hacían sentirse como un buhonero hastiado de su propio producto, incluso antes de ofrecerlo.

—Lo que usted presenció en Londres, Lord Overtoun, —prosiguió enérgico— es un sencillo número de mentalismo adornado de recursos; el maquillaje y la impostación es la fórmula sumada a la capacidad de mesmerizar al público, la verdadera alquimia. Se trata de un arte complejo en el que McIndoe sobresale por encima de todos los magos del planeta, pero lo que ustedes van a presenciar mañana es algo muy distinto. Algo inédito y extraordinario.

—Debe serlo a tenor del dineral que ha costado el dispositivo —observó Lady Overtoun, reconvirtiendo su posición de efímera alcahueta y adoptando su rol más irónico y perspicaz.

—Dr. Westcott —objetó Lord Overtoun—, conozco todos los trucos que ha alumbrado este siglo que dejamos a nuestras espaldas y creo que este dispositivo en el que han trabajado más de dos años rebasa todo presupuesto imaginable. ¿Dije dos años? Juraría que fue una década... Debe entender nuestra posición, como representante de la cámara de Dumbarton estoy obligado a rendir cuentas, si las ganancias no duplican los gastos de los empresarios locales no nos quedará más remedio que replantear nuestra situación. No es una amenaza, pero debe entenderlo, necesito alguna muestra, una prueba de que esto va a funcionar. No podemos permitirnos el lujo de un ridículo ante nuestra gente, ante las autoridades.

—Ponga una cifra, la que desee, Lord Overtoun. Le prometo que en dos meses será triplicada. —Westcott posó su mirada en

el capricho de un ángel y esbozó una sonrisa que resultó plásticamente conciliadora. Extrajo un fósforo de una cajita de madera y lo colocó entre él y Lord Overtoun. — ¿Necesita lumbre, Lord Overtoun?

En ese preciso instante, la joven Sarah Aveling entró en el salón a media carrera y anidó su fular verde en un viejo candelabro de tres brazos apostado junto a la chimenea e, inconscientemente, creó un capricho visual que resultó encantador para los presentes.

— ¡Reina de Agarthá y Sambala, dejando vida y esperanza donde un día ardió la llama! — dijo Mr McIndoe, que venía detrás de Sarah, reclinándose levemente contra el marco de nogal de la puerta del salón.

— ¡Basta, Mr McIndoe! ¡Me hará usted sonrojar! — exclamó la dama con una sonrisa pícara.

McIndoe ofreció su brazo, cortés, y la joven lo tomó con actitud condescendiente. La acompañó hasta el extremo de un diván y el caballero tomó asiento ante el piano de cola que presidía el salón de los ángeles.

— Sería un buen truco el que este piano pudiese expresar la belleza de esta estancia a través de mis manos, pero, por desgracia, no poseo el don de la música. De cualquier modo — dijo levantándose con impostada afectación — dentro de siete días, a las doce del mediodía del domingo ustedes podrán disfrutar de algo mucho más excitante, si me permiten las damas, que la versión a piano de Années de Pèlerinage del mismísimo Franz Liszt.

«¡Caramba! Pero qué tipo tan petulante», pensó Andy, atrapado en la lectura.

Sarah ocultó su rostro, tímidamente, tras un abanico ante la mirada reprobadora de Lord Overtoun codificada por el humo de su cigarrillo humeante.

El Dr. Westcot no parecía cómodo ni con la actitud ni con los aspavientos del mago, máxime cuando aquella reunión le colocaba como negociador en una situación poco amable. Acaso por ello se levantó de su asiento y se dirigió hacia McIndoe con cierta determinación.

—Pero eso será el domingo próximo. Me temo que el escapista debe descansar para que su número sea perfecto, ¿no creen? De modo que debemos retirarnos a nuestras dependencias en Dumbarton —dijo el doctor deslizando su enorme mano sobre el hombro del mago.

—¿Qué es un escapista? —preguntó Sarah, absorta desde el extremo del diván.

—Es aquel que rompe todas las barreras del espacio y el tiempo, que sitúa sus límites físicos y mentales más allá de lo normal... Aquel capaz de sacrificarse por rescatar lo que otros aman... —contestó McIndoe.

El mago procuró un aparte discreto con la dama mientras Wescott ultimaba un extremo del espectáculo con los Overtoun. Acompañó a Sarah cogiéndola del brazo a un extremo del salón donde reposaba un reloj sobre un mesita de alabastro, era un precioso Terry clock que parecía insuflar con su tictac un tempo preciso y cargado de anhelos. McIndoe proyectó su conversación hacia un espejo de pared buscando que el retrato de ambos fuese impactante y lo suficientemente hedonista como para arrebatarse el aliento a la joven.

—Sarah Aveling. Quiero hacerla partícipe de un secreto. El próximo domingo tengo la intención de cautivar la atención de toda Gran Betaña con el número de magia más ingenioso nunca visto y para mi sería un honor...

—No me lo perdería por nada del mundo, caballero McIndoe.

—Un honor que usted fuese la dama que diera aliento al mago.

—Sin duda.

—Desde el corazón del propio número. Necesito de su belleza y de su gracia para que la máquina McIndoe sea una experiencia única —aclaró con perspicacia el mago mientras sellaba la petición con una pequeña genuflexión protocolaria.

Para Andy, aquel capítulo que acababa de leer, resultaba de una familiaridad inquietante, acaso porque de niño había jugado en las inmediaciones de la casa Overtoun y la recordaba como una mansión gris que acudía a su mente con líneas desproporcionadas y un halo de malditismo difícil de catalogar. Nada sabía de cierto sobre la existencia real de la familia Overtoun. Pero, en cambio, podía recordar como las gentes humildes de Dumbarton y los acaudalados vecinos de Milton, el área más distinguida de la región, la señalaban como un lugar de acogida para enfermos mentales que había subsistido durante buena parte del siglo XX sin ayudas del Estado. Ya en la década de 1980, y tras años de abandono, fue restaurada hasta recobrar su brío original y convertirse en «la casa de los ángeles», un parador religioso que acogió a una pequeña congregación de creyentes más o menos estable. Poco más sabía, excepto que aquel puente donde el autor del capítulo ubicaba el incidente del *border collie*, siempre le produjo escalofríos y cierta aversión. El título Overtoun, casi de una manera peregrina, le remitía a algo sombrío y profundamente triste.

—Tú te criaste con tu abuela en Dumbarton, Andy. ¿Qué conclusiones sacas de esas líneas? —dijo Grainger abalanzándose espigado sobre la mesa.

—Esa mansión es hoy un lugar de reunión para creyentes. No creo que encontrásemos nada interesante allí.

El joven se incorporó, apretó el cinturón de cuero de su *kilt*, re colocó el *sporran* de piel gris y caviló durante unos segundos ante una ventana. Al mirar tras el visillo, se encontró con un Glasgow en semivida, la noche cerraba constriñendo los luceros de manera que

cada torreta iluminada, cada farol callejero, parecía el recodo excepcional de un viejo *pin ball*. Sin embargo, todo estaba quieto y silencioso. Apenas si llegaba una pequeña brizna de aire latiendo aislada en una sensación generalizada de bochorno electrizante.

—¿Aprobarías una inspección? ¿Echar un vistazo por aquellas tierras de la mano de la dama? —interrogó Grainger, desapareciendo en un punto muerto de luz de la estancia.

—Despertemos a esa joven, Mr Grainger. Necesito su versión de los hechos para poder asimilar... aceptar todo este argumento. No puedo creerlo sin más.

—¡Nos exponemos a provocarle una crisis, Andy!

—¡Demonios, Grainger! ¡Esta broma dura demasiado! Lo haré yo mismo.

Andy avanzó hacia la puerta del dormitorio con paso firme, pero en unos instantes se encontró forcejeando con aquel misterioso agente literario tuerto. Era increíblemente hábil y fuerte a pesar de su discreta estatura. La reyerta, cada vez más desproporcionada, les llevó al piso de manera violenta y, de pronto, Andy se encontró con Mr Grainger constriñéndole el cuello, diezmando su resistencia con el agravante de su indescriptible aliento a whisky. El joven se zafó con pericia de saurio y acabó por revertir la situación. No sin esfuerzo, pudo situar el cuello del agente contra la madera apresándolo con su rodilla izquierda. El tipo parecía balbucear mil letanías en una lengua desconocida.

—¡Ríndase, Grainger! Fui jugador de tercera línea de los Caledonian Reds. ¡No tiene usted opciones!

—¡Fffjamás! —balbuceó.

Poco a poco, Grainger fue aminorando su respiración y pareció calmarse, pero cada vez que Andy aflojaba su llave, el agente intentaba sacudirle con su zurda. Era tozudo y persistente como una mula. Ante la incredulidad de Andy, aquel tipo golpeaba los tablones de madera con sus botines y parecía fingir una especie de ataque de epi-

lepsia. La cabeza del agente, a aquellas alturas de la rencilla, era una yema quebrada sobre una clara de saliva. Pero, cuando Andy comenzó a perder su resistencia, unos cinco minutos después de capturar a la presa se dio un hecho totalmente inesperado.

Sarah Aveling había despertado y se hallaba en el umbral de la puerta del dormitorio tratando de interpretar la extraña circunstancia de aquellos caballeros.

—Grainger —susurró Andy sobre la nuca del agente—, es Sarah, está ahí observándonos. ¡Chiss!... Ni se le ocurra gritar. Le soltaré poco a poco... guarde usted la compostura, esto es un deporte, se trata de un deporte... ¿Me oye Grainger?

El agente movió la cabeza asintiendo con lentitud y Andy dejó ir a su presa.

El joven se incorporó y dio unos pasos ante la mirada tímida de Sarah. Cuando se vio con la suficiente entereza y aliento como para dirigirle unas palabras recibió un puntapié en el gemelo que le hizo doblarse de dolor.

—Ms Sarah Aveling —se apresuró a decir Grainger tras su fugaz gesto de venganza—. ¿Conoce usted la lucha grecoromana?

La joven, temerosa, dio un paso atrás. Parecía confusa y asustada. La palidez bajo su cabellera negra hizo estremecer a un joven Telfer que a aquellas alturas procuraba recomponerse con la mayor inmediatez y no causar una ingrata impresión.

—Verá señorita —continuó el agente limpiando la saliva ensangrentada de su bigote con el mismo pañuelo que cubrió la brecha de Andy hacía escasas horas—, aquí el joven caballero Telfer es un excelente alumno —convino decir impostando una sonrisa trágica—. Nuestros respetos. El joven Andy y yo... Lord Edgar Grainger somos custodios de su seguridad hasta su pronto regreso a Dumbarton. No debe temer nada. Está en buenas manos querida.

Andy miró a Grainger con expresión perpleja, ¿cómo aquel tipo osaba adjudicarse el título de caballero? Le pareció de lo más in-

aceptable, pero a pesar de la indignación y la rabia que le produjo aquel puntapié de sucio arponero convino que lo mejor era seguirle el juego.

—Ms Aveling —dijo el joven, solícito, dando un paso firme al frente— soy el capitán de la 42.^a de las Highlands, Andy Telfer. Lady Overtoun está al corriente de todo. Sufrió usted una indisposición visitando la ciudad. El doctor Westcott recomendó su ingreso en esta humilde morada con la supervisión de Lord Overtoun y el propio Lord Grainger, aquí presente, para facilitar su restablecimiento lo antes posible. Verá... Está usted en Glasgow. En los alrededores de la estación de tren de Queen Street.

—No les recuerdo, caballeros. —La dama intentó tomar aliento pero su semblante se estremeció y pareció desfallecer tras recular en busca de recato—. Yo me hallaba en Dumbarton. Era un día precioso y soleado, nos dirigíamos a alguna parte. No puedo recordar exactamente...

—Demasiadas emociones, Ms Aveling, confíe en nuestra palabra. Recobrará usted la memoria de inmediato —expresó Andy con la mano tendida y las más sinceras intenciones.

«Aprendes rápido, joven Telfer», pensó Grainger pasando del resquemor de la batahola a cierto sentimiento de admiración. Por primera vez en toda la jornada, el agente literario creyó reconocer el genio de Bruce Telfer en aquel muchacho. La providencia, que es como Grainger justificaba aquella concatenación de hechos entrelazados, parecía selecta con los escogidos. Fuese quién fuese aquella dama, al agente no le cabía duda que acabaría en su hogar sana y salva gracias a su ingenio y la perspicacia que intuía en Andy. Pero el interrogante seguía ahí, ¿de dónde había salido realmente aquella joven de piel nacarada y enormes ojos verdes?

Capítulo 2. Paradoja en Renfield Street

Andy y el agente literario, convertidos circunstancialmente en el capitán Telfer y Lord Grainger, comprobaron de forma inequívoca que la dama sufría una amnesia parcial que le impedía recordar lo sucedido. Con el compromiso de acompañarla a la mansión Overtoun, en Dumbarton, creyeron que lo más sensato era abandonar el apartamento en dirección a la estación de Queen Street. Antes de partir, Andy desempolvó una vieja parca del ejército y Grainger se esmeró en acicalarse para que el rango de caballero de Su Majestad la Reina fuese acorde al brillo de sus zapatos y al nudo de su pañuelo al cuello.

La dama, un tanto hambrienta, dio cuenta de un frugal ágape que Andy preparó con relativo esmero. De una manera intuitiva, tomó ciertas precauciones para preservar a Ms Aveling de cualquier sobresalto. A sabiendas de que aquello parecía una locura, algo dentro de sí le obligaba a proceder con cautela. Convino servir un yogur en una taza para que el llamativo recipiente de plástico original no la desconcertase, una pieza de fruta completó el tentempié. Sarah, lejos de parecer cohibida, mostró pronto interés por la condición de capitán del joven y este, a su vez, se esmeró en ficcionar algunos pasajes de sus aventuras como oficial destinado en la península de Malaca. Las palabras del joven fueron un bálsamo lo suficientemente atractivo como para que Sarah, fascinada con el pendiente de marfil de su oreja izquierda, se sintiese en segura guarda ante la mirada protectora de un auténtico oficial de los regimientos de las Highlands. Y cabe decir que, por su parte, Andy, se sentía especialmente gallardo como

miembro de la infantería, incluso siendo un antimilitarista confeso. La erótica del uniforme parecía conceder un efecto de proximidad y confianza entre ambos jóvenes que relativizaba definitivamente el poder de la estética que tanto atraía a aquel dandi informal. Daba gracias al diablo y a Adam and the Ants² por no haber arrancado el viejo galón de infantería de aquella parca de segunda mano. Andy albergaba todas las dudas imaginables sobre el origen de la joven, pero también se dejaba seducir por el perfume embriagador de aquella historia prologada como un folletín, que le permitía elucubrar fantasías con desenlaces confeccionados a la medida de sus pulsiones. A la errática valoración de los acontecimientos, mucho más inciertos de lo que podría imaginar, cabía sumar un itinerario que, a su pesar, el agente literario ya habría trazado. Grainger le parecía un pésimo actor, un farsante que se había hecho con un papel de reparto en un acto de oportunismo... Gestionar su presencia a aquellas alturas de la noche suponía tanto como aceptar su derecho a imponer un guion y a alterar la mecánica de los pasos a seguir. Pero, por otro lado, era consciente de que entrar en contradicción con las pautas del agente podría descolocar a la joven y lo que era peor, proyectar una imagen pésima de sí mismo.

Al abandonar el apartamento de Renfield Street, una ráfaga de viento les recibió para recordarles que los veranos de la ciudad a orillas del río Clyde eran veleidosos. Al acto, Andy arropó con su parca militar a Ms Aveling en un gesto caballeresco y esta le regaló media sonrisa. Al recorrer la calle, a Andy le extrañó que el Grill Bouzy Rouge hubiera tapiado sus ventanas, ¿lo habrían traspasado? Podría ser, Glasgow era de ese tipo de ciudades que, de un día a otro,

2 Adam and the Ants. Banda británica de rock activa durante la década de 1970 y principios de 1980. Se convirtió en formación de culto durante la transición de la era *punk rock*, el *post-punk* y, finalmente, la *new wave*. Muy popular gracias a la teatralidad de sus *shows*, de gran carga sexual, y el uso de tambores de Burundi.

podía pasar con facilidad de la bonanza a la decadencia y viceversa. Analizó el elegante edificio de ladrillos del número 68 y también le pareció ajeno, se diría que su geometría se había marchitado, creando unos relieves imprecisos. Renfield Street era a aquellas horas un lugar desierto, sucio y especialmente lúgubre. Algo bastante inhabitual en aquella zona del centro. El propio Grainger mostró su preocupación al respecto mientras señalaba una extraña formación viscosa en medio del asfalto; se trataba de una especie de fluido translúcido que, expuesto a la atmósfera de la ciudad, se había transformado en una masa humeante, de hedor incierto. Ocupaba un diámetro entre dos edificios que les impedía tomar la dirección correcta.

La comitiva entendió que algo no iba del todo bien, quizá debido a una accidente químico. Andy, resuelto, cogió a Sarah de la mano y les animó a que bajaran hasta el cruce con Bath Street que, a esas horas de la noche, era generalmente un hervidero de gente. Los malos presagios no eran infundados, al llegar a la altura de The Tron Church, observaron atónitos como otra argamasa aparecía apostillada en las escaleras del templo. De no ser tan enorme, Grainger hubiera jurado que estaban ante un gasterópodo. Más que de orden químico, aquello que tenían delante les pareció de otro mundo. En el descenso por Bath St la sensación de que algo oprobioso se había enquistado en aquella zona de la ciudad se multiplicó. Las aceras estaban cubiertas de escamas de vidrio y algunas farolas se habían sobrecogido hasta conformarse en intrigantes orquídeas negras. El agente literario no daba crédito a aquel caos y se aferraba a su maletín con la sensación de que en cualquier momento algún edificio se desplomaría sobre él. Las fachadas de la ciudad literalmente se deshacían como si atravesaran el estadio terminal de una enfermedad y las úlceras que aparecían en los bloques de piedra y hormigón otorgaban a Bath Street un aspecto leñoso, gris y cetrino, propio de un episodio de tiña a gran escala. Procuró reflexionar detenidamente acerca de la estampa que le rodeaba y el inconsciente le situó directamente en el interior del es-

tremecedor cuadro de Brueghel el viejo *Orfeo en el inframundo*. Pero... ¿por qué estaba ocurriendo tal cosa? ¿Acaso se trataba de un ataque químico a gran escala?

Siguieron avanzando aligerando el paso y tras un instante de zozobra por parte de los caballeros, Sarah advirtió que un autobús de línea estaba empotrado literalmente contra un edificio en el cruce con West Nile. El caos en Bath Street era tal que se diría que un bebé gigante lo había manoseado con dedos untados en el propio espu-marajo de sus comisuras. Sin embargo, no había ni un alma, ni un transeúnte que pudiese dar fe de lo que Andy, Grainger y Ms Aveling estaban presenciando. Una oscuridad fantasmal y gélida alcanzaba cada recodo de la calle; aquel accidente era la representación de un capricho grotesco ajeno a todo fenómeno racional. Tan apabullante era el desconcierto que Andy, consumido por la curiosidad, no pudo evitar desmarcarse del grupo para investigar. En una primera impresión, aquel autobús le evocó un badajo tensado por un escroto de piedra, casi un capricho convertido en deidad. Todo a su alrededor se veía apolillado y malsano.

Acaso imbuido por su rango reciente de capitán, se dispuso a atravesar la cortina de humo que envolvía a aquel cacharro mientras, un poco más abajo, Grainger y la dama encaraban Hope Street en busca de un lugar donde protegerse del hedor y los cascotes que caían de los edificios. La lluvia de objetos provocada por aquellas pústulas gigantes se había convertido en un auténtico peligro, parecía que estuviesen engullendo literalmente el mobiliario urbano. Grainger observó que aquellos puntos ulcerosos en paredes y asfalto actuaban como una especie de parásitos y dedujo que se alimentaban de toda la materia que les rodeaba; concluyó que podía tratarse de algo similar a un embudo succionador conectado con el mismísimo infierno.

En la incursión, Andy utilizó su *kilt* para taparse la nariz y la boca de modo que su aspecto general, aunque fuera del alcance visual de la dama, perdió todo decoro. Se apresuró entre jadeos a echar un

vistazo pegado al flanco derecho de la calle. Al instante, pudo determinar que el vehículo no presentaba vestigios de incendio alguno pero su parte frontal, incluida la puerta delantera, estaba cosida literalmente al edificio. Las rebabas de la chapa habían sido retorcidas y respuntadas a los ladrillos del muro con toneladas de hilos de acero. El efecto visual le produjo una dentera indescriptible. Los neumáticos traseros estaban fusionados al asfalto a través de unas siniestras cuñas que recordaban tacones de aguja, de modo que todo su chasis se elevaba más de tres pies del suelo. Podía ver luz en su interior. Durante un instante, mientras efectuaba su prospección, hubiera jurado percibir una sombra recortada sobre el techo de aquel autobús gratinado como una pizza. Trató de llamar la atención para comprobar que había alguien en el interior.

—¿Hola? ¿Me oye? ¿Está usted herido? —vociferó golpeando la chapa grasienta con los nudillos.

No obtuvo respuesta.

—¡Andy! —gritó Grainger desde su posición en Hope Street— ¡Capitán! ¡Sea sensato! ¡Olvídese de ese maldito autobús! ¡Sarah nos necesita! Malditos Telfer... —masculló—, creen que son inmunes al mismísimo demonio.

A aquellas alturas, Ms Aveling estaba realmente confusa. Atento a la circunstancia, Grainger trató de mesarle el cabello en un gesto paternal un tanto torpón, a lo que la joven, desconcertada, respondió acurrucándose entre escalofríos bajo la parca de Andy. El agente literario tomó una petaca de su bolsillo, dio un trago y con una delicada enfatización le recitó el exquisito poema «The Ruin» de Walter de la Mare al oído. Quizá no todo lo apropiado que debiera, pero bello al fin y al cabo.

Cuando los últimos colores del día
Descienden ardiendo allá lejos,
Sobre aquella ruina, frío y perplejo,
El grillo salta de piedra en piedra;

Dispersándose sobre el oscurecido verdor,
Ejércitos de hadas se acercan, perfectos,
Batiendo sus alas como insectos,
Y ejecutan una danza extraña alrededor:
Mientras el gran oro de la pálida luna
Tiñe de blanco la diminuta tertulia.

Ms Aveling se sacudió bajo la chaqueta militar y mostró una expresión de lánguida complicidad.

—Un precioso poema, Lord Grainger —dijo tomándole la mano con renovado afecto.

Entretanto, el capitán seguía obcecado en investigar el área más mortecina e indecorosa de Bath Street. Tras sortear una úlcera repulsiva, se dispuso a trepar entre las sucias grietas de la chapa del fuselaje del autobús con la idea de alcanzar una luna que le permitiera atisbar algo del interior y esclarecer si había algún superviviente. Contra todo pronóstico y por sorpresa, algo estrelló su rostro contra el cristal desde donde oteaba Andy. El joven apenas tuvo tiempo de atisbar una desigual boca succionadora antes de, en un acto de protección inconsciente, descolgarse y tomar tierra para correr despavorido al encuentro de Grainger y la dama. Fueron apenas unos segundos, pero Andy recordaría la primera aparición de aquel ser cetrino de ojos inyectados, informe y sin facciones durante el resto de sus días. El horror en Bath Street había dejado de ser un caos de orden estructural asido a un paisaje lúgubre para concretarse en una suerte de alimaña demoníaca que surgía de la peor de las pesadillas. Al alcanzar Hope Street, Andy tomó en sus brazos a Ms Aveling y se apresuraron a la carrera con la intención de atravesar sus oscuras fauces y tomar George Street. Se conducían al cruce con Dundas Street, una entrada lateral y discreta que les permitiría alcanzar Queen Station en pocos minutos. Mientras se aventuraban en la amplitud de George Street, la oscuridad les rodeó por completo y, justo en ese instante, tuvieron

la sensación de que algo silencioso, rápido y amenazador les pisaba los talones, una horda invisible que se articulaba en forma de bruma y que Andy imaginó como una jauría de ojos rabiosos.

Ms Aveling pidió al joven que la dejara ir por su propio pie y, tras deshacerse de sus botines de talón, emprendió una carrera codo con codo con los caballeros. No hubo una consigna determinada, simplemente un instinto de supervivencia que les hizo salir espoleados de aquel tramo de la ciudad y correr y correr sin tiempo de mirar atrás. Al bajar por West Nile Street, Andy observó por el rabillo del ojo como un grupo de más de seis criaturas indescriptibles, similares a lo visto dentro del autobús accidentado, avanzaban recortadas bajo la luz de un neón marchito y procuraban darles alcance articulando sus fauces de un modo escalofriante. Grainger tomó la iniciativa y se dirigió hacia el tramo inferior de la plaza Nelson Mandela, donde se hallaba la iglesia de Saint George's Tron. Por unos instantes, Ms Aveling se rezagó un tanto. Andy se percató de su comprometida situación; ella se había quedado atónita ante la sombra huidiza de uno de sus perseguidores. A Sarah le pareció un extraño león marino atrapado en la osamenta de un gigante; al acto, el estridente grito de la criatura a sus espaldas resultó tan cercano y amedrentador que le erizó todo el vello. Andy, a sabiendas de que una décima de segundo podía costarle la vida, volvió sobre sus pasos y tomó el brazo de la dama galesa entre maldiciones. Si no era lo suficientemente rápida, a fe que la arrastraría hasta la estación de Queen Street. Ante el hedor que aquellas alimañas emitían a tan corta distancia, una combinación inexacta entre acetona, carne podrida y metano, Ms Aveling entró en razón. Se percató de su vulnerabilidad y aceleró la carrera intentando deshacerse de la mano opresiva de Andy que tiraba de ella lastimándole el antebrazo y poniendo en peligro su equilibrio. Cuando al fin la soltó, Ms Aveling se arremangó la falda y retomó su mejor condición atlética dibujando una *chicane* para sortear con sus pies descalzos los peligrosos segmentos de cristales que se habían desprendido de las

fachadas de los edificios. Una vez dejaron atrás el cruce con Buchanan Street, tomaron Dunda Street y, por unos instantes, parecieron burlar a aquella comitiva de incombustibles rondadores nocturnos.

Sin prácticamente aliento tras más de seis minutos de carrera, se adentraron en la estación y buscaron refugio en un tramo huidizo del desangelado andén de la vía 1. El semblante fatigado de Andy era absolutamente revelador. Entre balbuceos, acertó a disculparse por la decisión de tirar de la dama y esta no pudo más que sacudirle en la espalda en un gesto de complicidad inequívocamente masculino. Sabía que, en cierto modo, le había salvado el pellejo.

—Caballeros, ¿qué está pasando? —dijo Sarah en un hilo de voz poniendo las rodillas en tierra con cierta dificultad— ¿Dónde estamos?

—Sabemos tanto como usted, Ms Aveling —respondió Grainger ofreciendo su petaca de whisky a Andy—, absolutamente nada.

—De acuerdo, Grainger, esto no parece una broma —murmuró Andy colocándose estratégicamente tras el agente literario y simulando un trago—. Su extraña teoría sobre ese capítulo de ficción nos ha conducido al mismísimo infierno.

—¿Qué has visto en ese autobús, Andy?

—No querría saberlo, Grainger, si hay más criaturas como esa rondando por las sombras de esta estación más nos valdría hacernos con un arma.

—¿Qué demonios?

—Seguramente los más traviesos y excepcionales. Pero, ahora no es momento de buscar adjetivos ni descripciones para catalogar eso que nos ha perseguido ahí fuera. Lo más relevante es que algo espantoso se ha desatado en Glasgow —dijo elevando el tono para captar de nuevo la atención de Sarah que se incorporaba y se sacudía su larga falda gris.

—La ciudad se está deshaciendo, ¿cómo es posible? —dijo la dama.

—Pero lo más desalentador es no haber visto a nadie en el transcurso de la noche, ¿qué opinión le merece, Grainger? ¿Dónde está todo el mundo?

Sarah se colocó de nuevo sus botines y, con la voluntad de ubicarse en el marco de aquella nave, se distanció unos instantes. Ello permitió que los caballeros dialogasen; pudo intuir que la naturaleza de ciertas elucubraciones entre aquellos hombres demandaba instantes de privacidad. Buscó un momento de respiro necesario y fijó su mirada perdida en la inmensa cúpula de hierro forjado de la estación. Todo le parecía ajeno, extraño y en cierto modo tan descompuesto que creyó estar padeciendo unas fiebres. No alcanzaba a reconocer aquella inmensa estructura ferroviaria que ocupaba el lugar donde, lo recordaba con nitidez, debía erigirse el imponente edificio de St Andrew's Hall³. El silencio le pareció desalentador, la joven secó una lágrima de su mejilla derecha con los puños ribeteados de su blusa y observó detenidamente la figura de aquellos pintorescos caballeros escoceses. ¿De dónde habían salido? ¿Era cierto que conocían a Mr Overtoun? Por otro lado, aquellos hombres citaron a un tal Dr Westcott...

—Westcott. El doctor Westcott, —musitó aquel nombre que le era extrañamente familiar.

—¡Ms Aveling! ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Andy dirigiéndose hacia ella mientras Grainger caminaba nervioso en zigzag hacia ninguna parte.

—Si capitán. Lo estoy —dijo recomponiéndose emocionalmente y desentumeciendo sus extremidades—, ¿saben el origen de lo que está sucediendo ahí afuera? ¿Quién está atacando el Reino Unido?

3 St Andrew's Hall. Edificio del corazón de Glasgow inaugurado en 1877. Fue destruido en un incendio en 1961. Con su gran fachada clásica y cuatro grandes grupos escultóricos del artista John Mossman, St Andrew's Hall fue financiado por una empresa privada para satisfacer la demanda de una gran sala en el West End.

Esa última pregunta desconcertó un tanto a Andy, francamente, en ningún momento había barajado un argumento tan coherente... La lucidez de Sarah Aveling tras aquella expresión descorazonadora le sorprendió gratamente.

—Tratamos de averiguarlo. Lord Grainger y yo creemos que lo más sensato es aguardar en la estación. Barajamos la posibilidad de que algún tren pueda sacarnos del centro de la ciudad en dirección a Dumbarton cuanto antes.

Grainger se adelantó unos pasos con sus brazos en jarras y se situó bajo un grupo de fluorescentes agónicos. La luz chisporroteante convirtió su rostro en una inquietante celosía. Intentó otear los paneles de las partidas y las llegadas de los convoyes, pero la información parecía detenida y los marcadores inmóviles. Según aquellos indicadores, el tráfico ferroviario había dejado de funcionar sobre las seis de la tarde. El reloj de Grainger marcaba las diez y media y nada podía oír más allá de una ventisca serpenteando sobre el descomunal segmento de vidrio central de la estructura del techo de la estación. Un grupo de palomas dibujó un siseo en el aire que el agente literario situó a la altura de la media esfera que alumbraba el flanco abierto de la estación, aquel desde donde se ramificaban las líneas hacia el norte de la ciudad.

—Andy, voy a echar un vistazo. Quizá encuentre algún tipo de información en alguno de los establecimientos. Le dejo en buenas manos, Ms Aveling... —dijo el agente perdiéndose en la penumbra de las taquillas de aquella inmensa estructura de acero.

—¡Ándese con ojo, Lord Grainger!

—¡Déjese de eufemismos enrevesados, capitán! ¡Desde luego que lo haré! —contestó algo malhumorado el tuerto.

Sarah Aveling, al quite, no pudo reprimir una fugaz carcajada que acabó en una mueca rebelde. Pero su formación de doncella, rápidamente, le condujo a reprobar con una riña gestual al travieso capitán.

Las taquillas ofrecían un aspecto desolador, los vidrios estaban rotos y los mostradores cubiertos de detritus y ceniza blanca. Grain-

ger tuvo una sensación de movimiento milimétrico. Le pareció que el mobiliario de la estación se estaba metamorfoseando de un modo casi imperceptible y ese síntoma malsano se le antojaba un ensayo minimal de lo acaecido en Bath Street. Durante la inspección, un tremendo olor a madera podrida le sobrevino y el único plafón de fluorescentes que le asistía se apagó. Apenas si pudo distinguir los rótulos comerciales que, a medida que penetraba en la oscuridad, se descomponían en indescriptibles vetas de mocos. Ante la duda de avanzar por aquel pasaje maloliente o retroceder hacia la zona de vías, el agente literario decidió aproximarse hasta la salida a la plaza de la estación de autobuses que vencía en North Hanover Street. Necesitaba algún punto de luz entre tanta oscuridad. Echó mano de su *tweed*, extrajo un mechero de gasolina, cruzó la puerta adentrándose en el recinto colindante a la estructura de ladrillos de la estación. En aquel instante ya había descartado la idea del conflicto bélico que apuntaba Ms Aveling. Había más paralelismos, entendía, con algunas obras maestras del terror cosmogónico. Alzó el mechero de gasolina y con él su mentón.

Cerró su ojo y encendió el mechero. Contó hasta cinco y lo abrió de nuevo. Allí estaban, balbuceando extrañas letanías guturales, tres sujetos de ojos demoníacos y carrillos estriados. Los divisó apenas a media yarda de distancia, más allá de la puerta de vidrio que daba a la estación, estremeciéndose en una suerte de danza hedonista que les hacía avanzar y retroceder hostigados por el temor a la llama. Procuró mantener la calma, agitó el fuego y la más osada de aquellas criaturas se elevó sobre sus miembros inferiores para trazar un movimiento amenazador con las garras. El enorme perímetro de sus fauces hizo pensar a Grainger en ciertos carroñeros de la Comuna de París que bien describiera Guy Endore en su obra *El hombre lobo de París*. Aunque más que hombres animalizados o, en otro supuesto, británicos involucionados, aquellas alimañas mucilaginosas y grotes-

cas parecían de un mundo más amenazante y primigenio; por otro lado, bastante alejado de la tradición de las leyendas vampíricas de Caledonia o el País de Gales, un tanto más evocadoras. Aquellos upiros eran elementos de otro orden y, quizá, de otra dimensión. Pero entendía que la cuestión, más allá de cualquier especulación folclórica, era si se hallaba ante sujetos literalmente carnívoros y, de ser así, si habrían probado bocado en las últimas horas. El mechero comenzó a temblar en la mano de Grainger y por más que procuraba elaborar una estrategia no dejaba ser consciente de sus escasas posibilidades en cuanto la llama se apagara. Pero, justo cuando se hallaba en el desenlace de aquellas elucubraciones, sintió como una mano reposaba en su hombro.

—Manténgase firme —canturreó una voz templada a sus espaldas.

Al mismo tiempo, el cañón de un rifle se posó sobre la pieza de tweed que cubría su hombro y disparó contra la más avanzada de aquellas criaturas haciendo saltar su cabeza pseudoplasmódica repleta de recesos venosos por los aires. El resto de seres huyeron desfavoridos conformando una singular cantinela de gritos espantosos.

—¿Qué maldita criatura es esa? —preguntó el agente literario encendiéndose un cigarro con el mechero que aún alumbraba y dirigiéndose al hombre que empuñaba el arma.

—Por aquí los llamamos *bhampair*. Los hay de diferentes tamaños y se alimentan de casi todo lo que encuentran, también de ovejas e incautos.

—Vaya... Interesante... ¿Con quién tengo el placer?

—John Duffy, jefe de estación.

—¿Irlandés?

—Solo los viernes y los sábados. Este lugar es poco seguro, acompañeme... Sus jóvenes amigos ya han tomado al tren de las diez. Le esperan.

—Si no guarda usted inconveniente... ¿Se puede saber a dónde se dirige ese tren?

—No sabría decir exactamente cuál es el final del trayecto, dadas las circunstancias, pero seguro que alcanzarán el hogar de la dama que les acompaña. Estamos en precario, caballero. Con el maquinista, Mr Ranjiv, somos tres operarios y nuestros pasajeros son un niño con síndrome de Apert y una anciana que fuma en pipa.

—Muy alentador, Mr Duffy.

Capítulo 3. El jinete de las tinieblas

Sin duda, uno de los aciertos más relevantes de la Gran Bretaña ferroviaria era el haber apostado en algún momento de la historia por las locomotoras diésel híbridas. De no ser así, pensó Grainger, nunca habrían podido salir de aquella ciudad caótica y sin red eléctrica. Y estaba en lo cierto, pero cuando encaró el andén de la vía número 6 y vio el medio de transporte que les sacaría del centro de Glasgow no pudo más que persignarse y encomendar su alma a San Andrés. Aquel amasijo de hierro y remaches resopló ante él como un viejo elefante herido. La fiereza del morro impresionaba, desde luego, pero le costaba creer que una locomotora de vapor pudiera alcanzar la velocidad suficiente como para que aquella horda de *bhampair* no les importunara lo más mínimo. Se trataba de una vieja máquina de vapor modelo Bristol Castle puesta al servicio de una serie de coches paisajísticos. A ojos de Grainger, un transporte algo limitado para una huida desesperada. Solo cabía rezar para que aquello que se encontrasen en la oscuridad del trayecto a Dumbarton no fuesen gigantes cas termitas del infierno. Por otro lado, el trato del jefe de estación y su ayudante, un joven de cara tiznada de nombre Archibald, resultó de lo más grato. Durante el cambio de vías y ya sujetos a un traqueteo poco razonable, Andy Telfer, Ms Aveling y Edgar Grainger, asido a su inseparable maletín negro, tomaron un plato de lomo de venado mechado a la manera de Yorkshire, mermelada de Dundee y una botella de Gevrey-Chambertin, un vino francés, serio, carnosos y de lo más intelectual. En resarcimiento por la incomodidad rústica del trayecto,

bienvenidas eran aquellas lujosas viandas; la desventaja de la escasa velocidad y los bruscos movimientos, quedaban compensados por los detalles burgueses de un tren *first class* pensado para jubilados a tiempo completo.

Cierto pragmatismo británico hacía posible que tanto Andy como Grainger afrontaran la velada relativizando por unos minutos el destino incierto que se abría ante ellos. Ms Aveling apenas si probó un sorbo de vino que tiñó de carmín sus labios y enderezó su espíritu abatido. Una lámpara de queroseno en el techo del coche ofrecía la única calidez que hallarían en aquel trayecto de la West Highland que presumían descarnado e indómito. Grainger evocó durante la cena las aventuras del ferrocarril del Lejano Oeste, cambiando sus praderas por ciénagas infectas y arboledas tras las que se agazapaban ojos desafiantes. En su imaginación y la de los presentes, el sol crispado de los relatos de Steward Edward White fue substituido por una luna cadavérica y los nativos americanos, por fantasmales siluetas del inframundo.

Tras saborear la última copa de vino, corrió la cortina estampada con trisqueles y se aseguró que el tren abandonaba Queen Street por un túnel insondable en dirección a Charing Cross. Dedujo que la velocidad del trayecto era sensata. No obstante, le preocupaba la dama; Grainger sospechaba que Sarah tenía conciencia de su salto en el tiempo. Aunque a tenor de la estampa en aquel vetusto tren alguien podría dudarlo, su encaje en el coche Northumberland resultaba de lo más victoriano. De su silencio trascendía un respeto autoimpuesto que podría interpretarse como un acto de generosidad hacia el capitán Telfer y hacia él mismo, aunque tampoco podía obviar que en su mirada había signos inequívocos de desamparo. Evitaba hablar de los cambios y los elementos anómalos descubiertos en su breve periplo por las calles de Glasgow. Resultaba paradójico en aquella ciudad al borde del abismo. Lo poco que para él y Andy era reconocible y cotidiano, para la dama debía ser extraordinario y

confuso. Sin embargo, era capaz de gestionar de una manera admirable lo ignoto y pesadillesco de su situación. Le parecía una criatura armada de determinación y valentía. Ms Aveling se reconfortaba en la flema exhibida por el capitán Telfer, en su sarcasmo balsámico y en su capacidad para trazar atajos en laberintos insondables.

Ms Aveling resituó con sus dedos el recogido espiral de su cabello y, acto seguido, repiqueteó con ellos en el bordado del cuello de su blusa; parecía impaciente por llegar a Dumbarton.

—¿Todo a su gusto, caballeros? —preguntó Mr Duffy irrumpiendo solemne en el vagón.

—¡Desde luego, excelente! —apreció Andy con una ademán de gratitud.

El jefe de estación tomó asiento junto a ellos y miró con atención la etiqueta del Gevrey-Chambertin que tenían sobre la mesa, su semblante de hombre maduro provocaba a corta distancia una melancolía elegante y ancestral. Llevaba a sus espaldas un fardo de color azul marino que colocó entre sus piernas con inquietante delicadeza.

—Estamos a punto de llegar a Westerton. Estimamos estacionar en Dumbarton pasada la medianoche. Pero una vez allí necesitarán algo más que fe y fortuna —añadió impasible.

Grainger, que parecía sumido en sus pensamientos, trazó una mueca de incertidumbre. No sabía realmente a que se refería Mr Duffy con aquella reflexión. Corrió apenas el visillo de la ventana y oteó en la oscuridad del trayecto. Parecía descorazonado.

¿Acaso les aguardaba una prueba más difícil que la de la huida de Renfield Street?

—Dígame, Mr Duffy —inquirió el agente literario alejando su mirada de las tinieblas del exterior del coche Northumbeland—. ¿Cómo han conseguido llegar hasta la estación de Queen Street en este tren? ¿Y qué puede decirnos del resto de pasajeros?

—Es un relato marcado por la providencia, Lord Grainger —contestó—. Sabíamos de la existencia de la locomotora Bristol porque

su conductor, Mr Ranjiv, es un gran aficionado a estas máquinas y era un asiduo al depósito de Hyndland donde las guardaban. Tristemente esa cochera fue derruida en 1987, pero averiguamos que la máquina se hallaba en Corkerhil, al sudoeste de la ciudad. La caída del tendido eléctrico nos sorprendió en Paisley Canal. Un grupo de *bhampair* atacó los vagones, hubo muchos muertos. De modo que tuvimos que abandonar el tren y adentrarnos entre las sombras en busca de opciones, fue entonces cuando decidimos regresar por las vías hacia Corkerhill Place y buscar un vehículo; pero no fue necesario. En un tramo indeterminado del trayecto, calculo que a la altura de Nithslade Road, vimos el haz de luces de una camioneta. Se trataba de nuestros pasajeros, Vanora Ramsay y el niño Dougal, que habían dejado atrás la carretera M8 por algún motivo desconocido y se desplazaban por Dumbreck Road.

—¿Por qué motivo? Diría que abandonaron la ruta más segura —interrumpió Grainger.

—Eso es lo más sorprendente. Dougal, el niño que acompañaba a la anciana en la vieja ranchera sabía que estábamos en las inmediaciones, en peligro, al raso, y de alguna manera convenció a Ms Ramsay para que se acercara a buscarnos. El azar quiso que nos encontraran con la misma facilidad con que nosotros hemos dado con ustedes. El azar o ese pequeño —Mr Duffy casi castañeo los dientes antes de pronunciar su nombre—, Dougal... Parece saber mucho más de lo que aparenta.

—¿Y el quinto pasajero, el joven de la cara sucia? —interrogó Sarah Aveling.

—Archibald, el joven Archibald. Su aparición tampoco es casual. Pero permítame...

—Adelante, siento haberle interrumpido.

—Ms Ramsay nos comunicó la necesidad de ir al centro de Glasgow. Nos dijo que el pequeño buscaba a alguien muy concreto. Tomé el volante y conduje hasta que se cerró la noche y cuando eso

sucedió, muy cerca del depósito de Corkerhill, el motor de la camioneta dejó de funcionar. Mr Ranjiv tomó al pequeño entre sus brazos y caminamos según sus indicaciones hasta alcanzar la cochera donde aguardaba la locomotora de vapor Bristol. Mr Ranjiv se tomó sus razonables quince minutos para hacer la puesta a punto de la máquina de vapor y, cuando todo estuvo listo, partimos hacia Central Station. La estación, a aquellas horas, estaba prácticamente en ruinas. Un muro lateral se había venido abajo engullido por uno de aquellos agujeros del infierno. La estabilidad de la cúpula de acero forjado era incierta, ustedes saben de la dimensión arquitectónica de Central Station, pese a sus columnas y arquetas, una mella tan importante representaba un peligro manifiesto de derrumbe. Ni tan siquiera osamos aproximar la máquina a los andenes, pero justo cuando íbamos a echar marcha atrás para proceder a un cambio de vías, el pequeño profirió un berrido gutural y monstruoso.

—¿Un berrido dice? —preguntó Andy, incrédulo ante aquella descripción.

—Cuando conozca en persona a Dougal lo entenderá, caballero. Entonces fue cuando Ms Ramsay señaló en dirección a Gordon Street. Una sombra corría hacia nosotros, casi diminuta, y tras ella percibimos un tumulto difícil de clasificar... Entonces lo vi claramente, se trataba de un crío de apenas doce años que trataba de salvar su vida. Bien, no crean que lo único que Mr Ranjiv halló en el depósito de Corkerhill fueron estas viandas y una vieja máquina de tren.

Mr Duffy tomó el fardo que reposaba a sus pies y lo colocó sobre los restos de la cena provocando un tumulto de platos y bandejas. Ante el asombro de los presentes, abrió la cremallera dejando a la vista un conjunto estimable de armas y munición. Los ojos de Grainger centellearon ante el alijo y el gesto de sorpresa de Sarah y Andy pareció multiplicarse bajo la luz de aquella lámpara de queroseno danzante.

—El joven Archibald también está en deuda con Dougal, de no ser por él hubiéramos cometido el error de dejarlo allí, a su suerte.

Desconozco si hay muchos más supervivientes, los transistores ya no funcionan... Lo último que pudimos oír es que el gobierno había decretado el estado de excepción y pedía a los ciudadanos que se hiciesen fuertes en sus hogares. El resto ya es historia, abatimos a aquel grupo de *bhampair* y, cuando el joven Archibald alcanzó la locomotora partimos hacia Partick para proceder al cambio de vías y regresar de nuevo al centro de Glasgow, la boca del lobo, la estación de Queen Street.

—¿Por qué motivo? —se interrogó la dama de Conwy.

—Para rescatarla a usted, Ms Aveling. Ese era el plan de Dougal.

—Apenas puedo dar crédito —dijo Grainger sopesando un revólver mientras intentaba asimilar el relato de John Duffy.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Mr Duffy volvió a tomar la palabra, esta vez en un tono más vivaz.

—No hay tiempo para jugar una partida de póquer, caballeros. Creo que esa pieza de museo hará honor a su tartán, capitán Telfer —dijo el jefe de estación señalando un sable de infantería del ejército británico del siglo XIX—. Es todo cuando puedo ofrecerles. Estas piezas proceden del fondo museístico del antro de Harold, el guardavías. No nos ha ido mal su fiebre coleccionista. Si alcanzamos Dumbarton Central les facilitaremos un medio de transporte para llegar hasta el Milton Inn donde podrán pasar la noche y reponer fuerzas. Ahora ruego que me acompañen, nuestros pasajeros del coche Lothian les reclaman. El pequeño Dougal desea conversar con la dama.

—Dougal —repitió Ms Aveling especiendo el nombre.

—Se trata de un niño muy especial. Muéstrele todo el respeto y no olviden que es nuestro rastreador.

—Un psíquico... —musitó Grainger.

—Bien, pues vayamos a mostrar nuestros respetos —dijo Andy con energía renovada.

Al abrir el portón de madera y acceder a la pasarela de hierro que comunicaba ambos coches, Sarah pudo otear el horizonte desolador

en las inmediaciones del canal Forth and Clyde. El hedor era tan repugnante, denso y enfermizo que la luna parecía desconcertada en una mueca decreciente. El cielo era plúmbeo y triste, ocultaba las estrellas entre jirones de nubes grises. Ms Aveling, todavía afectada por los acontecimientos, tomó la mano de Andy y le regaló una sonrisa furtiva.

—Confío mi vida a su espada, capitán —agregó perfumando con sus palabras la noche.

—Le prometo empuñarla con firmeza, Ms Aveling —contestó él con cierta afectación folletinesca.

El coche de cola Lothian poco tenía que envidiar al exquisito y funcional Northumberland que dejaban atrás. En lugar de butacas, segmentadas en islas para cuatro personas, se encontraron tres amplios espacios. Había sillones situados alrededor de grandes mesas rectangulares de ángulos cuadrados y patas torneadas. Amplios biombos tapizados de terciopelo separaban las estancias en las que abundaban brocados y telas bordadas para conformar una mantelería exquisita sobre la que se distinguían bellas lámparas de porcelana. Una alfombra oriental se extendía desde la entrada hasta uno de aquellos biombos del que surgió una neblina de humo de tabaco tan caprichosa que a Andy le pareció el órgano de una catedral. Todo en aquel coche tenía algo de mágico y atemporal. John Duffy sorteó el biombo, secundado por la presencia enigmática del silencioso Archibald, e hizo una seña a modo de salvoconducto para que pasaran. Andy tomó la iniciativa. En primer lugar, le resultó grotesco que la pipa de la que emanaba aquel humo catedralicio fuese casi tan grande como la anciana que la sostenía. Archibald y Mr Duffy se situaron a una distancia prudente.

Al instante Andy y Grainger repararon en el menudo acompañante de aquella extraña mujer consumida bajo un extravagante traje de varietés, proclive a la lentejuela y definitivamente zíngaro. Se trataba de un niño de unos cinco años con la cabeza enconada y el rostro

constreñido por una trágica macrocefalia. Sus ojos eran achicados y desconcertantes en el conjunto de unas facciones monstruosas. Apenas si movía una manita que la anciana se apresuraba a reconducir tomándola en una caricia reconfortante que el pequeño recibía con un mohín entre diabólico y agradecido.

Sin mediar palabra, la anciana fijó su mirada serena sobre Ms Aveling y el pequeño Dougal profirió un gruñido inclasificable seguido de un estertor.

—Caballeros, permitan que coja la mano de la dama —dijo finalmente la anciana reposando su pipa gigantesca en una peana de metal—. Dougal desea comunicarse con usted —añadió tajante.

Grainger y Telfer parecían desconcertados pero sumisos y respetuosos ante la mirada inquisitorial de Mr Duffy; pero, por otro lado, creyeron conveniente animar a Ms Aveling a que tomara asiento en una butaca de exquisitos motivos otoñales. La puerta de roble del coche Lothian se cerró tras la espalda del hierático Mr Duffy y Dougal entonó un balbuceo sostenido que a Grainger le pareció una suerte de mantra afásico. Tras un minuto eterno, la anciana se giró sobre su propio moño gris y detuvo una mirada inclasificablemente sombría en un punto preciso de la frente despejada de Ms Aveling.

—Los caballeros conocen las razones, pero no las causas. Debe usted recordar el dispositivo de McIndoe y su funesta magia, querida —expuso la anciana.

Sarah se tomó su tiempo, en un primer momento arrugó la frente y sostuvo su sien con la mano izquierda, parecía aquejada de una puntual jaqueca. Al instante, miró fijamente a aquel niño-oráculo y volvió a articular su porte elegante y sobrio.

—Creo que puedo recordar algún detalle. Nos dirigíamos al gran espectáculo del mago Ignatius McIndoe —dijo Sarah—. Se trataba de un inmenso pabellón de madera —entornó los ojos buscando concentración—, su fachada frontal estaba adornada con extraños bajorrelieves, abundaban los signos astronómicos, extraordi-

narios animales mitológicos, ángeles... Tres mujeres se balanceaban en columpios engalanados de las más bellas flores. Repartían unos pasquines.

—Adéntrese en la máquina del tiempo de McIndoe. El mejor mago del mundo —interrumpió la anciana con un halo de misterio.

—Así fue. Pero... ¡Demonios! Sigo sin poder recordar que ocurrió exactamente allí dentro.

—Recobrará usted la memoria, Ms Aveling, no se apure. Pero antes de encontrar respuestas en Dumbarton, Dougal quiere advertirla de un enorme peligro. McIndoe ya no es el apuesto ilusionista que usted conoció en el año 1900. Han pasado cien años desde entonces y el mago ha utilizado su poder para someter el tiempo y el espacio a su antojo. También para hacer funestos aliados. ¡Capitán Telfer! —dijo solicitando la atención del joven.

Andy dio un paso al frente. Una sonrisa nerviosa dejaba entrever cierta visión irónica y distanciada de la situación. Se cuadró entrechocando el empuje de sus botas y se mostró lo más digno y distinguido que pudo. Dougal profirió un grito sostenido que hizo que los ojos de la anciana se entornaran. De repente, los surcos de su rostro se pronunciaron hasta provocar un efecto tumefacto.

—A Dougal le congratula que no pierda su ironía —continuó la anciana—, pero también se ve en el deber de advertirle que no son únicamente endemoniados *bhampair* lo que van a encontrar en el camino. El excomulgado Gerard Doufrie está al servicio del mago.

Al oír aquello, Grainger dejó caer su maletín al suelo. Un calambre nervioso le recorrió la espina dorsal. A un palmo, Andy le miró con una mezcla de sorpresa e inquietud. Al ver aquella mueca contrariada, la sonrisa del joven se desdibujó definitivamente. Fuese quien fuese aquel excomulgado el agente literario había oído hablar de él, y no para bien.

—McIndoe se ha hecho fuerte en la mansión Overtoun, la casa de los ángeles. Solo la inteligencia de Lord Grainger y la destreza del

capitán pueden llevarla hasta allí. Dougal tiene fe en ustedes. Arrebatarle el «cetro de Indra» y acabar con su poder es posible.

—¿De qué cetro habla?

—El cetro de Indra. Ese objeto es el origen del caos que han visto en la ciudad. Fue enterrado hace miles de años en la ciudad fantasma de Karakhoja. Hoy, en posesión del mago Ignatius McIndoe, pudre con su influjo las entrañas de Occidente y permite que las criaturas de las tinieblas aterroricen hasta la última aldea de Strathclyde. Es la misma fuerza que la ha traído hasta Glasgow en el año 2000, Ms Aveling. Debe recordar qué ocurrió en la barraca de feria de McIndoe. Cien personas dentro de un teatro para viajar al futuro, veinticuatro horas al futuro...

—¿Lo logró? —preguntó Sarah sorprendiendo a los caballeros y robando una sonrisa cómplice a la anciana.

—Desde luego, pero el ayudante hizo algo que no debía y trastocó los acontecimientos.

—¿El ayudante? ¿Hablamos del Dr. Wrestcott? —interrumpió Andy.

—La asistente del mago: Ms Sarah Aveling —respondió la anciana tornando su rostro a una normalidad reconfortante—. Pueden retirarse, caballeros; Dougal está agotado. Tomen conciencia de sus palabras y no se dejen llevar por sus propias diferencias. Tienen ustedes una misión inexcusable.

—Cierto —dijo Grainger tomando su maletín y sacando un cigarrillo de su *tweed*—, creo que debemos poner ciertos conceptos en común. ¿Ms Aveling? ¿Capitán? Tómense un respiro; unos minutos y retomemos este asunto en el Northumberland, creo que ya hemos robado demasiado tiempo a nuestros anfitriones.

Grainger tomó del brazo a Andy y le hizo caminar tras el biombo, la actitud del joven comenzaba a resultar de lo más excéntrica.

—¿Quién demonios es ese Gerard Doufrie? —preguntó Andy entre empujones.

—Todo a su tiempo. No te dejes impresionar, joven, ese bomboncito nos oculta información. Tomemos las armas que nos ha ofrecido Mr Duffy, me temo que las vamos a necesitar.

—Grainger, ¿ha oído hablar de la técnica McIndoe⁴ en medicina moderna?

—Una curiosa coincidencia —contestó el agente.

—Otra suerte de magia.

—Por favor... Andy. No le veo la gracia por ningún lado —sentenció el agente reprobando la burda sonrisa del joven—. Tu sentido del humor es lamentable.

Acto seguido, la joven Sarah se unió al grupo y Andy Telfer tuvo un asomo de carcajada que condujo como pudo hacia una suerte de tos impostada. Grainger, por otro lado definitivamente contaminado por el burdo sentido del humor del joven, se ocultó entre el humo de su recién encendido cigarrillo y, pese a poner el máximo empeño, no pudo evitar desternillarse. El capitán le cogió del brazo y al fin se adentraron en el coche contiguo sin llamar la atención.

—¿Pero qué les ocurre caballeros? —exclamó Sarah desconcertada—. ¿A qué se debe esta jarana?

—No es nada, Ms Aveling —dijo Grainger controlando una risa nerviosa—, tanta tensión... Permítanos desahogarnos.

Ambos arrancaron a reír a carcajada limpia.

—Capitán, dejará usted de troncharse cuando le explique de quién se trata... Gerard Doufrie —dijo el agente estirando el nombre con una entonación entre macabra y burlona.

—¡Je, je, je!... ¡Dígame, Lord Grainger! ¿Qué técnica domina? ¡¡¡Ja, ja, ja!!!

—Esencialmente la inmortalidad. ¡Je, je, je...! También se le conoce como el vampiro de la catedral de Amiens. ¡Je, je, je! Según una crónica de Ambrose Bierce, murió en 1390. El escritor explica que los

4 Técnica McIndoe. Técnica de reconstrucción ginecológica..

habitantes de Amiens, con un sacerdote al frente, le sacaron de su cripta en la catedral y lo descuartizaron.

—Pues parece que se equivocaron de no muerto, ¡ja, ja, ja!

—¡Basta caballeros! —gritó Ms Aveling, empuñando en actitud desafiante una de las pistolas del fardo de Mr Duffy— ¡Si no desisten de su actitud, les juro que disparo!

Para cuando las risas desaparecieron una tensión inédita se creó entre ellos. Ms Aveling parecía bastante convencida de sus intenciones y mostraba un enojo notable. Sin embargo, cuando los caballeros tomaron asiento, la dama guardó el revólver Smith & Wesson en su bolso para, acto seguido, señalar el maletín de Grainger con determinación.

—¡Explíquenos cuánto conoce de esta historia, Lord Grainger! —dijo inquisitorialmente—. Creo que usted sabe exactamente qué ocurrió con las cien personas del pabellón de McIndoe, ¿quién es el Dr. Westcott? ¿De dónde surgió McIndoe? Si es cierto que han pasado cien años, y usted es tan listo, estoy segura de que ha tenido acceso a documentos para contrastar esta historia. ¿Me equivoco? Necesitamos toda la información de la que disponga para saber a qué nos enfrentamos. ¿Acaso creen que es mi viaje en el tiempo el desencadenante de este infierno? —preguntó señalando una de las ventanillas del coche.

—Creo que usted también nos debe una explicación, Ms Aveling —le reprochó Andy incorporándose y saliendo en defensa de su compañero—, ¿o debería llamarla asistente del mago McIndoe?

—¿Cree que le he mentado? ¿Que he fingido mi amnesia? Por suerte empiezo a recuperar la memoria y sí... ¡también puedo comprender algunas de sus patrañas, civil Tefler!

—Eso ha sonado realmente feo, querida —le reprobó Grainger interponiéndose entre ambos e intentando apaciguar los ánimos.

—¡Muy feo! —reiteró Andy, enojado.

Aquella escena en la que Grainger mediaba para apaciguar a los impulsivos jóvenes se vio de pronto violentada por una sacudida

¿Te ha gustado?

Si quieres saber que ocurre a continuación puedes adquirir el libro en papel en:

http://www.hermenauta.com/libro.php?id_libro=13